

LUCEL

Cuando la madre de Susana entró en su habitación para despertarla se sorprendió de encontrarla con los ojos abiertos.

- ¿Ya te has despertado? – preguntó con gesto de extrañeza - ¿Te encuentras bien?

- Sí – respondió Susana -. Llevó más de media hora despierta.

Su madre, sin decir palabra, salió de la habitación.

No era raro que Susana amaneciese más temprano de lo habitual. Había pasado una noche muy mala pensando en el día siguiente. El curso llegaba a su fin y con él el plazo que se había dado para declararse. Porque Susana llevaba enamorada mucho tiempo de su vecino y compañero de clase Marcos. Pero nunca se había atrevido a decirle ninguna palabra. Muchas veces lo había intentado sin conseguirlo. Quería hablar pero en presencia de su amigo le resultaba totalmente imposible. Quería explicarle sus sentimientos, pedirle salir con ella, pero no se atrevía. Por eso se había dado un plazo: como muy tarde el último día de curso llevaría a Marcos a un rincón y le diría todo lo que sentía por él. Ese día había llegado.

La noche anterior se acostó bastante tarde pensando en cuál sería la mejor forma de declararse.

- Lo mejor es que seas directa – le había dicho el día anterior Rosa cuando le preguntó sobre la mejor forma posible de declararse – y se lo sueltes de golpe: “¿Quieres salir conmigo?”. O como mucho: “Marcos, me gustas. ¿Quieres ser mi novio?”.

- No seas bruta – replicó Ana, otra de sus amigas -. Como le digas eso se va a asustar y va a salir corriendo. Los chicos no se quieren comprometer. No te declares directamente. Es mejor que vayas poco a poco y que sea él quien lo haga. Sois vecinos ¿no? Pues busca alguna excusa para quedar con él durante el verano, tú te insinúas pero sin decirle nada. El chico es siempre el que tiene que dar el primer paso y no nosotras.

- Esa es la mejor forma – contestó Rosa con voz un poco molesta – de que llegue otra y te lo quite. Hazme caso, Susana, y declárate.

Susana miraba dubitativamente a sus tres amigas, Rosa, Ana y Silvia, confiando en ellas para que las sacaran del aprieto.

- Pues yo no haría nada – comentó Silvia tímidamente viendo que todas se giraban a mirarla preguntando por su opinión -. Dejaría que el tiempo decidiese. Si se tiene que enamorar de mí, se enamorará, y sino, pues no.

- Y así te quedarías a dos velas – protestó Rosa -. Como Marcos ni siquiera vea a Susana difícilmente se va a enamorar de ella. Además, los chicos son tontos y hay que dirigirlos. Ellos solos son unos completos inútiles. Si no fuera por nosotras, las chicas, no sabrían hacer nada.

Ante semejante afirmación, rubricada por un gesto de cabeza afirmativo tanto por parte de Ana como de Susana, Silvia no tuvo más que claudicar y callarse como solía hacer.

- No lo tengo claro – dijo Susana -. Es que... Soy muy tímida y declararme... ¡Si apenas soy capaz de cruzar dos palabras con él ¿cómo me voy a declarar?! Seguro que piensa que soy tonta. Siempre que le hablé me pongo muy nerviosa y digo alguna tontería. Y, luego está Marta... Seguro que a él le gusta. Es tan guapa... Y no se separan nunca. ¿Cómo le voy a decir algo si ella está continuamente pegada a él? No tengo nada que hacer...

- Bah, todo el mundo sabe que a Marcos no le gusta Marta – observó Rosa para animarla -. Marta es muy orgullosa y le joroba que Marcos no se interese por ella. Por eso va a todas partes con él, para ver si así consigue metérselo en el bolsillo como a todos los demás bobalicones de la clase que babea por ella. Para ella Marcos es una especie de reto. Como no se fija en ella se ha encaprichado de él, pero seguro que si se fijase lo ignoraría. Marta es así de estúpida.

- Sí – reconoció Susana –, tienes razón. Todo el mundo sabe lo orgullosa que es Marta.

Y tras permanecer unos instantes en silencio se quejó:

- Pero ¿cómo la quito de en medio para declararme? ¿Qué hago? Me acerco a Marcos y le digo: ¿Puedes venir a hablar un momento conmigo? Le va a resultar muy extraño que quiera hablar con él a solas y Marta seguro que no nos deja.

- Tendríamos que organizar un encuentro con él a solas – observó Ana -. Una de nosotras podría encargarse de distraer a Marta mientras tú hablas con Marcos.

- ¿Y porque iba a hacernos caso si nunca hemos hablado con ella? – replicó Rosa, y malhumorada continuó: - Es una engreída y nos considera de menos. Con nosotras nunca hablaría.

- Con nosotras no – murmuró Ana mientras sus ojos se iluminaban con una mirada llena de astucia -. Pero con Silvia...

Tan fijamente miraron a su amiga que está sintió cómo la sangre le subía por las mejillas.

- No – respondió a la pregunta que flotaba en el aire -. No pienso hablar con ella. Cualquiera de vosotras puede hacerlo igual que yo.

- Silvia... – sollozó Susana – Por favor...

- Silvia, - dijo Rosa – tu madre es la modista de Marta y por eso, a ti te trata de otra forma que al resto de las chicas de la clase. La puedes tener entretenida enseñándole los nuevos diseños para el verano. Se los puedes coger a tu madre sin que se dé cuenta y así ayudarás a una amiga.

- Por favor, Silvia... – rogó Susana -. Sabes que yo haría cualquier cosa por ti. Somos amigas desde hace mucho tiempo.

Aunque la idea no le hacía mucha gracia, la hija de la modista tuvo que consentir. Ya vería cómo se las arreglaba para conseguir los nuevos modelos para el verano sin que su madre se enterase. Pero bueno, todo por una amiga.

Aunque el plan era sencillo, hasta las tres de la mañana Susana no consiguió conciliar el sueño. No hacía más que imaginar lo que pasaría al día siguiente. ¿Qué ocurriría si Silvia no conseguía separar a Marta de Marcos? Y ¿si Marcos caía enfermo y no iba a clase? ¿Cómo se declararía? Y ¿cómo hablarle de sus sentimientos? No lo veía nada fácil.

- “Marcos, me gustas” – practicaba Susana sentada sobre la almohada mirándose directamente a los ojos en un espejo pequeñito de mano -. No, así no. No debo ser tan directa. Un poco menos directa. A ver... “Marcos, aunque somos vecinos desde hace mucho tiempo y somos compañeros de clase desde hace más de cinco años, apenas si hemos hablado. Podríamos quedar de vez en cuando, ¿no crees?”. Jo, así tampoco – se recriminaba Susana a sí mismo -. Parezo un político. Como sea tan estirada seguro que no me vuelve a hablar.

Y se apretaba con ambas manos la cabeza como intentando exprimirla para extraer una idea feliz.

- Ya sé – pensó de repente -. Mañana le diré a mi madre que no me encuentro bien y que no puedo ir a clase. Como es el último día seguro que no me pone ninguna pega.

Y satisfecha sonrió ante el espejo.

- Pero no puedo hacer eso – se recriminó -. Si no se lo digo ahora no se lo diré nunca. No puedo ser tan cobarde. Mañana se lo diré. No se cómo, pero se lo diré, aunque solo sea para estar a gusto conmigo misma. ¡Ánimo, Susana, mañana es el gran día!

Y así, animándose como podía, desanimándose cada dos por tres, transcurrieron las primeras horas de la noche. Apenas si notó quedarse dormida, pues lo primero que pensó al despertarse media hora antes de lo habitual, fue:

- “Marcos, ¿tienes novia?”. ¿Así entenderá lo que le quiero decir?

Después de que su madre saliera de su habitación Susana se vistió con la misma ropa que solía llevar todos los días a clase. Dudó si estrenar una blusa muy bonita comprada la semana anterior, pero al final decidió que lo mejor sería ir vestida como normalmente lo hacía para no llamar demasiado la atención.

Desayunó, se lavó los dientes y anduvo lo más lentamente que pudo, con las piernas temblando, en dirección al instituto. Durante todo el trayecto no dejó de pensar en lo que pasaría cuando se encontrase a Marcos. Rosa había decidido que el mejor momento para declararse era el recreo pero Susana cuanto más se acercaba dicho momento menos claro tenía cómo debía de comportarse.

Pensando se encontró sin darse cuenta a las afueras del instituto.

<<Me voy, no puedo hacerlo>> - pensó mientras se giraba para huir a cualquier parte.

- Hola, Susana – la voz de Rosa sonó detrás de ella -. ¿Qué tal? ¿Animada? Hoy es el gran día – dijo con un entusiasmo excesivo en opinión de Susana.

La aparición de su amiga no le dejaba escapatoria posible. Sabía que no la dejaría en toda la mañana, pues estaba muy interesada en ver cómo acababa todo: si Marcos aceptaría o no salir con Susana.

Así que, resignada, con un naciente dolor de cabeza respondió al saludo de su compañera con voz apagada:

- Hola. Bueno...

- ¿Ya has pensado cómo se lo vas a decir? – interrumpió su amiga -. Sé directa, es lo mejor.

- No sé. No lo tengo tan claro. Yo no soy tan... tan echada para adelante como tú.

- Dile que te gusta – comentó Rosa con cierto brillo de orgullo ante la observación de su amiga sobre su arrojo -. Es lo mejor. Así si a él le gustas, pues saldréis juntos y sino... pues él se lo pierde. Si es tonto que le vamos a hacer.

- Ya – confirmó Susana totalmente desanimada.

Nada más entrar en clase Ana se acercó a saludarlas:

- Hola. Vaya, no se te ve muy animada – dijo mirando la expresión de desaliento del semblante de Susana -. ¡Ánimate, que nuestro plan se desarrolla como estaba previsto! Mirad hacia allí.

Y apuntó hacia Silvia que charlaba animadamente con Marta. Bueno, más bien, Marta no paraba de hablar mientras Silvia se limitaba a hacer gestos afirmativos con la cabeza. Marcos estaba a su lado escuchando la conversación.

- ¡Pero es en el recreo cuando tiene que entretenerla, no ahora! – se quejó Rosa.

- Ya – murmuró Ana, y bajando el tono de voz para que no la pudiesen oír sus compañeros continuó – Esta preparando el terreno. Cuando llegó, Silvia y yo estábamos hablando sobre la mejor forma de distraerla. Hay días que Marcos sale a comprar un bocadillo y ella le acompaña. Si fuera así a lo mejor se nos escapaba y fallarían todos nuestros planes. Así que pensamos que lo mejor sería generar su curiosidad enseñándole algún modelito y que fuese cosa de ella el continuar durante el recreo. Ya la conocéis: se pierde por la ropa.

Sí, sabían lo mucho que le gustaba ir a la última moda.

El profesor llegó y cada uno se sentó en su sitio.

El sitio de Susana estaba situado dos filas más atrás del de Marcos. Podía verlo perfectamente desde donde estaba e imaginaba lo que le diría. En más de una ocasión decidió retirarse y ni siquiera intentarlo, pero sabía que sus amigas no le dejarían huir. Tenía que hacerlo aunque sólo fuese por mantener su dignidad.

La clase pareció durar más de lo habitual. Unas veces miraba la aguja del segundero y la animaba a ir más deprisa: quería que todo pasase cuanto antes. Pero otras le pedía a la aguja que se parase y no siguiese avanzando, pues el miedo a declarar sus sentimientos la atormentaba.

El timbre anunciando el inicio del recreo sonó.

- ¿Ya es la hora? – gritó en voz alta sin poder contenerse.

- ¿Tanta prisa tienes por salir? – le interrogó el profesor mientras los ojos de sus compañeros se volvían hacia ella riéndose -. Venga, podéis recoger y salir al recreo.

Susana, roja de vergüenza, buscó con la mirada el apoyo moral de sus amigas. No encontró consuelo en ninguna de ellas, ocupadas como estaban en llevar a buen término su plan.

Marta, nada más sonar el timbre, se había girado hacia Silvia para evitar que saliese de clase. Rosa y Ana cercaron a Marcos impidiendo a ninguno de sus amigos acercarse a él.

- ¿Te podemos pedir un favor? – le preguntaron a la vez.

- ¿Qué? – inquirió sorprendido Marcos, no habituado a que le acosaran sus compañeras (a excepción, por supuesto, de Marta).

- ¿Nos puedes acompañar? – le dijo Rosa. Parecía estar disfrutando con su papel de celestina -. Queremos decirte una cosa, pero tiene que ser en privado.

Marcos dudó un momento, buscó con la mirada a Marta y viendo que estaba entretenida y no le molestaría, contestó completamente intrigado:

- Y ¿no me lo podéis decir aquí?

- ¡No! – respondieron ambas amigas a la vez.

- Es algo... – aquí Rosa bajó el tono de voz para hacerse todavía un poco más la interesante – personal.

Marcos no tenía ni idea de lo que le querían decir.

- Bueno – dijo después de guardar silencio unos instantes.

Rosa le agarró del brazo y tiró de él. Se había fijado que Susana había salido del aula momentos antes y ya estaría esperándole en la parte trasera del instituto. Según Rosa éste era el mejor sitio para declararse. A esa hora por allí no pasaba nadie y el verdor del césped y los dos árboles plantados le conferían un cierto aire romántico.

- Sin duda - les había dicho a sus amigas -, es el mejor sitio. Tú, - continuó dirigiéndose a Susana – saldrás de la clase después de sonar el timbre y nos esperarás allí. Nosotros te llevaremos a Marcos y allí, solos los dos, podrás hablarle de tus sentimientos.

Marcos siguió obediente a las dos amigas preguntándose qué querían decirle. Al llegar a la esquina, tras la cual estaría esperando Susana, Rosa le dijo con voz muy solemne:

- Pasa tú solo. Quien quiere hablar contigo está detrás.

Marcos desapareció detrás de la esquina. Rosa y Ana, aunque se morían de curiosidad por escuchar la conversación, decidieron ir a esperar la vuelta de su amiga a clase.

- Perdonad – sonó una voz detrás de ellas -. Pero aquí no hay nadie.

Durante unos instantes las dos amigas permanecieron inmóviles. ¿Cómo que no había nadie? Tenía que estar Susana.

Rosa fue la primera en reaccionar y corriendo descubrió que efectivamente la parte trasera del instituto estaba vacía.

- ¡Espera un momento! – le ordenó a Marcos.

Y sin decir nada más voló hasta la clase. Allí sólo estaban Silvia y Marta y algunos compañeros más. Pero ni rastro de Susana.

- ¿Has visto a Susana? – preguntó a Silvia sin importarle la mirada de disgusto que le echó Marta porque las interrumpía.

- No – respondió su amiga sorprendida -. Pero no se suponía que iba a estar... – no pudo terminar la frase pues se dio cuenta de que Marta prestaba atención a su conversación.

- Sí, ya – afirmó de mala gana Rosa -. Pero no ha ido. ¡Ha desaparecido!

- Habrá ido a comprarse algo – interrumpió Marta -. Después del recreo ya vendrá.

Molesta por la intervención de la rival de Susana, Rosa no dijo nada. Salió de la clase y recorrió los sitios habituales por donde solía ir su amiga. Pero en ninguno la encontró. Ya, al final, después de mucho preguntar, una compañera le dijo:

- Yo la he visto salir a la calle hace un rato.

<<Al final se ha acobardado>> - pensó Rosa.

Mientras volvía hacia el lugar donde esperaban Marcos y Ana, iba pensando qué excusa le daría al chico. No podía decirle que quien le quería decir *algo personal* se había puesto malo, puesto que si Susana se había acobardado era seguro que no iría a clase. Marcos al no verla allí sabría que había sido ella quien le había dado plantón. Y si en el futuro Susana quisiera declararse de verdad, Marcos seguramente no les haría ni caso. Decidió que lo mejor sería inventarse cualquier excusa. Precipitadamente escribió una especie de formulario.

- Perdona que haya salido corriendo – le dijo cuando le vio – pero es que se me había olvidado el formulario.

Ana, al no entender de lo que hablaba, miró extrañada a su amiga. Marcos también pues pensaba que era otra la persona que quería hablar con él, pero no dijo nada.

- Es que... – continuó Rosa – para sacarme algo de dinero, pues... como te lo diría... el otro día vi un anuncio en el periódico en que buscaban encuestadores. Yo llamé y me cogieron. Pero claro, no puedo ir diciendo por ahí que trabajo, porque como se enteren mis padres me matan. Y además, las preguntas son personales, y prefiero hacerlo en un sitio más tranquilo. ¿Te importa que te haga una encuesta?

- No – respondió tímidamente Marcos ante semejante salida no esperada.

- ¿Sexo? – preguntó Rosa – Varón, claro está – se respondió a sí misma -. ¿Tienes novia?

Y así hasta un total de veinte preguntas.

Mientras tanto Susana vagaba por las calles de su ciudad con los ojos llenos de lágrimas. En el último momento, cuando salió para dirigirse a la parte trasera del instituto, sintió cómo le flaqueaban las fuerzas. Y al pasar por delante de la puerta no pudo reprimir el impulso de escaparse. Mientras lo hacía se maldecía por su cobardía. Pensaba en sus amigas, que lo habían preparado todo para ayudarle, y cómo ella lo había estropeado.

- ¡Soy tan cobarde! – murmuraba entre dientes mientras caminaba.

Y así, unas veces andando, y otras permaneciendo quieta lamentando su falta de valor, se encontró delante del escaparate de una pequeña librería. Como comenzaba a llover, entró dentro, más para resguardarse del agua que para comprar algo. Sus ojos, de forma mecánica, navegaban por los distintos títulos de los libros situados en la librería. Alguien debió de golpear la estantería, pues un libro cayó al suelo, delante suyo. Al agacharse para recogerlo y devolverlo a su sitio antes de que el librero le echara una bronca – totalmente injusta puesto que ella no lo había tirado – no pudo por menos de leer un párrafo escrito en la parte trasera del libro.

<<Desde tiempos inmemoriales – decía – tanto hombres como mujeres han buscado ser correspondidos en su amor y para ello se han inventado todo tipo de ritos y hechizos. Este libro narra la vida de Irene, de cómo, desesperada por no ser correspondida, llevó a cabo un ritual para conseguir la atención de su amado y de lo que le sucedió como consecuencia.>>

Intrigada, Susana, ojeó el libro.

- Perdona – dijo una voz agria detrás de ella -, pero es hora de cerrar. ¿Vas a comprar el libro?

Tan inmersa se encontraba en la lectura que no se había dado cuenta del transcurrir del tiempo. Había pasado más de una hora.

- Sí – le respondió al librero -. Pero esta tarde. Ahora no tengo dinero.

El librero, tras echarle una mirada de desagrado, pensando que su intención era volver cuando abriera de nuevo para acabar de leer el libro delante de sus narices, se hizo a un lado y la dejó marchar. Pero se equivocaba, pues Susana prácticamente había acabado de leerlo, tan sólo le faltaban un par de hojas para finalizarlo, y le interesaba tenerlo por otros motivos.

- ¡Susana! ¡Teléfono! – gritó su madre.

- Sí, ¿quién es? – preguntó Susana después de coger el auricular.

- ¿Dónde te has metido? – le preguntó la voz de Rosa al otro lado -. Todo estaba marchando a las mil maravillas.

- Yo... es que... cuando salí para ir a la parte trasera del instituto... pues...

- ¿Te entró miedo y te largaste? – inquirió Rosa con voz seria, aunque realmente una sonrisa afloraba en sus labios.

- Bueno... algo parecido – confirmó Susana. Y a continuación, tímidamente preguntó: - ¿Se ha enfadado Marcos?

- No, nada. Ni se ha enterado de lo que ha pasado. Le dije que era yo la que quería hablar con él. Que había encontrado trabajo de encuestadora y quería hacerle la encuesta. Parece que se lo ha tragado todo. Pero, ¿por qué no volviste a clase después del recreo? Porque es el último día, que si no...

- No sé. No me encontraba bien y lo que menos me apetecía era ver a Marcos de nuevo. Tenía miedo de que se hubiese enfadado. Y si alguien de la clase se llega a enterar... me muero de vergüenza. Sobre todo si se entera Marta, ¡con lo soberbia que es! Se habría estado riendo de mí todo el rato y no creo que hubiese sido capaz de soportarlo.

- No te preocupes – la tranquilizó su amiga -. Nadie sabe nada, salvo nosotras, claro está. Tenemos que reunirnos de nuevo y planear algo. Al final te lío con él como que me llamo Rosa.

Susana sabía lo cabezota que era su amiga y que no cejaría en su empeño hasta que se declarase a Marcos o hasta que la dejase en evidencia delante suyo. Tenía más miedo al comportamiento imprevisto de Rosa que a declararse.

- ¿Qué te dijeron tus padres cuando llegaste más pronto de la normal? – continuó preguntando su amiga.

- Nada. He llegado a la misma hora de todos los días.

- ¿Sí? ¿Y qué has estado haciendo? ¡Si después del recreo comenzó a llover!

- Entré en una librería y estuve leyendo un libro. ¿Tú crees... no te rías de mi pregunta, pero tú crees en los hechizos de amor?

- ¿Los hechizos de amor? – repitió mecánicamente Rosa -. ¿Lo que hacen las brujas para conseguir que un chico se enamore de una chica o al revés?

- Sí – respondió tímidamente Susana.

- Carla, ya sabes, mi vecina, va diciendo por ahí que ella es bruja (y por las pintas que lleva cualquiera diría que no), y que es capaz de hechizar a cualquiera. Pero creo que todo no es más que un farol. Pero puede que haya brujas de verdad. ¿Por? ¿Quieres hacerle un hechizo a Marcos? Yo prefiero ligar por mis propios medios, si no si un día se deshechiza dejaría de gustarle.

- No, si no quiero hechizarle. Es que... el libro que he leído esta mañana pues era de una chica que conquistaba a un chico usando... una especie de hechizo mágico. Y el chico se enamora, pero al final el hechizo se vuelve contra ella y ambos mueren.

- Y yo que creía que todos los libros tenían buen final... – replicó Rosa riéndose -. Y vaya mierda de hechizo que se vuelve contra una misma. Yo me quejaría a la bruja que me lo vendió para que me devolviese el dinero.

- No, no era así. Todo tenía su motivo. Y no todos los libros acaban bien. ¿Qué vas a hacer en vacaciones? ¿Te vas a alguna parte?

Susana cambió de tema puesto que no quería que Rosa se entrometiese demasiado en sus asuntos. La lectura del libro le había dado una idea, pero la tenía que llevar a cabo ella sola.

Estuvieron hablando todavía más de media hora, como si hiciese años que no se veían, cotilleando sobre todos los compañeros: a donde iba a ir fulanito, que si menganita estaba empezando a salir con pepito...

Después de colgar el teléfono Susana se puso a mirar con detenimiento el transcurrir de las agujas del reloj esperando el momento en que abrieran de nuevo la librería. Tenía que comprar ese libro, lo necesitaba. Durante la espera su imaginación voló visualizando lo que haría durante la noche y los días siguientes. Se veía por la noche preparándolo todo. A la mañana siguiente, le despertaría su madre toda emocionada diciéndole que le habían llevado un extraño paquete. Ella, sorprendida pues no esperaba nada, iría al salón y allí descubriría un hermoso ramo de flores. En la tarjeta estarían escritas las siguientes palabras: “Para Susana, de Marcos”. A la media hora llamarían a la puerta. Susana, con el corazón acelerado, abriría y vería allí, arrodillado a sus pies, a su querido amigo.

- Susana, me gustas mucho. – diría él - ¿Quieres salir conmigo?

Se haría la dura o aceptaría inmediatamente. No lo tenía muy claro. ¿Qué sería mejor? Al principio simularía sorpresa, como si no supiera que su comportamiento es debido al ritual llevado a cabo la noche anterior, y le ayudaría a levantarse. Pero no podría mantenerse indiferente por mucho tiempo y acabaría cayendo en sus brazos.

- Pero ¿qué haces? – le dijo su madre viendo los distintos cambios de expresión de su hija según iba imaginando lo que ocurriría al día siguiente -. ¿Te duele algo?

¿Qué si le dolía algo? Claro que sí: le dolía el corazón, pero eso no se lo podía decir.

- No, nada – respondió y levantándose se encerró en su habitación.

Tenía bien claro que Marcos sería suyo al día siguiente. Para ello lo único que necesitaba era el libro.

Al final, después de mucho soñar, las agujas del reloj parecieron compadecerse de Susana y marcaron la hora en que las tiendas suelen abrir por las tardes. Sin dudar, cogió dinero y salió a comprar el libro.

Un suspiro de alivio salió de su pecho cuando lo vio colocado en la estantería como lo había dejado por la mañana. Porque ¿qué habría hecho si alguien se le hubiese adelantado y lo hubiese comprado antes que ella? Pero no, gracias a Dios allí estaba. Sin apenas fijarse en el librero, que la miraba incrédulo al ver que realmente se llevaba el libro, pagó y se marchó agarrando con demasiada fuerza su compra.

Al llegar a casa se encerró en su habitación candando la puerta con llave. Abrió el libro y buscó ansiosamente la página en la que se describía el ritual llevado a cabo por la protagonista. Decía así:

A pesar de las palabras del brujo advirtiéndole de lo peligroso del conjuro, a pesar de saberse incapaz de controlar al diablo que tenía intención de llamar, Irene llevó a cabo el ritual de invocación. Mientras trazaba un círculo en el suelo, las palabras del maestro resonaban en sus oídos:

- Ten en cuenta, hija mía – le había dicho – que invocar a un demonio para conseguir a través de sus poderes que tu amor sea correspondido no es la forma correcta de hacer las cosas. Entiende que eres egoísta pues pretendes

imponer tu amor al chico al que amas. Pero el amor es algo libre, una elección y no una imposición. Sí, el diablo que invocarás será capaz de controlar a tu amado, y tu amor será correspondido. Pero ¡a qué precio! Porque sobre el ser inmundo que pretendes invocar sólo tendrás poder durante unas semanas. Y, luego, ¿qué? Páratelo a pensar. ¿Piensas que se quedará quieto después de haber sido esclavizado por ti? A todos nos gusta sabernos libres, y a los demonios tanto como a los demás. ¿Qué piensas que hará cuando pierdas tu poder sobre él? No te dejará tranquila, ni a ti ni a tu amado. Sólo Dios sabe las crueldades a las que os puede someter. No lo invoques, hija mía, no lo invoques.

Pero Irene, haciendo caso omiso de las palabras del brujo, le invocó. Y ocurrió tal como le había dicho su maestro: durante varias semanas lo tuvo esclavizado. Esas semanas fueron las mejores de toda su vida. Su demonio consiguió con sus poderes que su amor fuera correspondido. Vivieron juntos momentos de felicidad inolvidables. Pero el período que el ritual le había concedido para dominar al hijo de Satanás finalizó, perdiendo toda posibilidad de dominarle. Y el diablo, al sentirse libre de nuevo, se vengó de su período de esclavitud.

A Susana el final desdichado que tuvo Irene no le preocupaba lo más mínimo. Obsesionada con ser correspondida no le importaba qué pudiera pasarle con tal de conquistar el amor de Marcos. Y así, después de leer y releer un montón de veces el ritual de invocación decidió llevarlo a cabo por la noche, cuando sus padres estuviesen dormidos y nadie le molestase.

El ritual era sencillo y venía totalmente detallado en el libro. Consistía en hacer unos dibujos en el suelo, y derramar un par de gotitas de sangre sobre un anillo, que tuviese engarzada alguna piedra de color blanco, a la vez que pronunciaba un conjuro de invocación. Si todo iba bien, el anillo se volvería rojo, convirtiéndose en el elemento usado para dominar al demonio. El libro advertía que debía tener la sortija a buen recaudo y no perderla bajo ningún concepto, pues era el símbolo que representaba el poder sobre el diablo. Si alguien se la robaba, el demonio pasaría a ser propiedad de quien lo tuviera. A lo largo de los días su color iría cambiando de rojo a morado, verde, azulado, amarillo y por último, acabaría por recobrar su color inicial, el blanco. En el preciso momento en que el anillo se tornase del color de la pureza el demonio quedaría libre, pudiendo obrar como bien quisiera. El libro advertía que muchos de los demonios invocados a lo largo de la historia habían optado por vengarse de quien los había tenido esclavizados durante varias semanas. Todo tipo de crueldades imposibles de describir le esperaban a quien intentase dominar a los infiernos. Por eso, aconsejaba no llevar a cabo dicho ritual bajo ningún concepto.

La ceremonia de invocación no decía nada sobre el demonio al que invocar. Esto quedaba a la elección de quien la llevase a cabo. Cualquiera de los diablos del infierno era susceptible de ser invocado: Satanás, Lucifer, Belcebú... Cada uno, dependiendo de su estatus, tendría unos poderes u otros. Y no solo se podía llamar a los demonios habituales, sino que también se permitía llamar a mezclas de demonios. Esta parte le llamó mucho la atención a Susana, totalmente desconocedora del mundo de los infiernos.

El libro describía los distintos tipos de demonios y lo difícil que le resultó a Irene escoger entre ellos: básicamente se clasificaban en diablos puros e impuros. Los primeros, eran familiares directos del ángel caído, mientras que los segundos solían ser descendientes de demonios puros y generalmente humanos, aunque podían tratarse de otras razas. Los puros eran los más poderosos pero también los más malvados. En su corazón resulta imposible encontrar un sentimiento bueno. El mal les corrompe tanto el cuerpo como el espíritu. Los impuros, por el contrario, al ser descendientes de humanos, de vez en cuando tienen algún buen sentimiento, reprimiéndolo inmediatamente para evitar el castigo de sus hermanos los puros. No son tan poderosos como estos pero suplen su debilidad con su astucia e inteligencia.

Dentro de los diablos puros se encuentran los llamados mezcla, hijos de los diablos más poderosos. Como su propio nombre indica, su nombre resulta de mezclar el nombre de sus padres. Así, por ejemplo, está Satbel, hijo de Satanás y Belcebú, Satluci, mezcla de Satanás y Lucifer, Lucibel, mezcla de Lucifer y Belcebú... Cada uno de estos demonios hereda los poderes de sus padres, resultando todavía si cabe más poderoso que ellos.

Irene había escogido a Lucibel, por ser considerado el cupido de los infiernos. Se consideraba que este demonio es capaz de enamorar a cualquiera, e incluso había rumores que comentaban que en una ocasión fue capaz de hacer que un ángel se enamorase de un demonio. Pero todo seguramente no fueran más que rumores. Lucibel, si bien ideal para temas amorosos, resultaba ser un demonio muy difícil de manejar y su venganza por mantenerlo esclavo durante unas semanas, sería terrible. Pero Susana, ebria de amor como se encontraba, desesperada por no ser correspondida, decidió jugarse el todo por el todo. Quería al mejor: necesitaba al cupido de los infiernos.

- Que duermas bien – dijo su madre a Susana mientras le daba un beso de buenas noches.

- Lo mismo digo – les deseo Susana a sus padres cerrando la puerta de su dormitorio.

Susana oyó cómo su madre entraba en el servicio y se candaba por dentro. Impaciente como estaba, le pareció que transcurrió una eternidad hasta que se volvió a abrir de nuevo la puerta del servicio. Después escuchó cerrarse la puerta de la habitación de sus padres. El silencio reinó en la casa.

Este era el momento que había estado esperando durante todo el día. Saltó de la cama, sacó la tiza que había comprado por la tarde, y comenzó a hacer extraños dibujos en el suelo siguiendo las directrices dadas por el libro. Tardó más de media hora en dejar el dibujo a su gusto.

El momento había llegado. Colocó el libro abierto sobre una silla por la página donde se encontraban las palabras de la invocación, sacó del cajón de la mesilla un alfiler y un anillo, y anduvo hasta colocarse en el centro del dibujo. Respiró profundamente.

- Ánimo – apenas si sus labios se movieron para pronunciar palabras de aliento -. Llevas toda la tarde pensando en esto. No te echas ahora hacia atrás. Mañana Marcos vendrá a declararse.

Volvió a respirar profundamente varias veces. Se colocó el anillo en el dedo corazón de su mano izquierda, y bastante amedrentada se pinchó con el alfiler en el dedo corazón de su mano derecha. Inmediatamente una gotita roja afloró en la piel.

Comenzó la invocación. Las palabras apenas si salían de su boca. Tartamudeaba de miedo, pero proseguía hacia delante. Y así llegó a la declamación final:

- Y que sea ésta la rúbrica de nuestro contrato – dijo mientras esparcía la sangre saliente de su dedo sobre el anillo.

La presión acumulada, unida al miedo a lo que pudiera ocurrir, apenas si le dejaba hablar. Con bastante dificultad llegó a pronunciar el final de su discurso:

- Yo te invoco, - cayó durante unos instantes.

¿Cuál era el demonio que quería invocar? Se había quedado en blanco, no se acordaba.

- Yo te invoco, - repitió – Lucel, que la sangre derramada en el anillo te traiga a mí y me conceda poder sobre ti. Yo seré tu dueña; tú serás mi siervo. Que la sangre derramada sobre este anillo sea nuestro testigo. Ven a mí, esclavo mío.

Y salió del círculo, dándose cuenta del error cometido en su invocación. Porque había invocado a un tal Lucel. Pero ¿Quién era ese tal Lucel? ¿Ella pretendía haber invocado a Lucibel! Seguro que Lucel no existía, o si existía seguro que era un demonio sin apenas poderes.

Del centro del dibujo comenzó a brotar humo. Un humo denso que lentamente fue adquiriendo la figura de una persona. Al principio, Susana se sonrió pensando que quizás el demonio que había invocado era un enano. Pero cuando la silueta siguió expandiéndose hasta formar a un ser de más de dos metros de estatura, totalmente musculoso, sintió verdadero pánico. En unos instantes una criatura demoniaca de dimensiones sorprendentes se mostraría ante ella. Por primera vez lamentó haber invocado al diablo. Porque y ¿si no era capaz de controlarlo? ¿Qué ocurriría?

Sin embargo, el humo después de llegar a su apogeo, se contrajo hasta formar un joven de la misma estatura que Susana. Poco a poco la humareda fue desapareciendo y ante la joven se mostró la esbelta figura de un chico de unos dieciséis años, bastante atractivo en opinión de la que ya se creía su ama, y vestido fabulosamente con una capa totalmente negra.

- ¡Anda, que no has tardado! – le dijo Lucel -. Creía que al final no me ibas a invocar.

Ante el completo mutismo de Susana, que todavía no daba crédito a que el ritual de invocación hubiese funcionado correctamente, prosiguió:

- Tengo hambre... ¿No tienes nada de comer? ¡Qué mal educada eres, ¿no?! Tienes a un invitado muy especial y no ¿le ofreces nada? Vamos... ¡Que la educación no es lo tuyo!

Susana no entendía nada de lo que pasaba. En el libro, el diablo se había mostrado sumiso ante su invocadora, pidiéndole inmediatamente que le ordenase cualquier tipo de cosa que deseara, que con gusto la llevaría a cabo. Pero la realidad parecía distar mucho del relato. La situación le resultaba completamente ridícula: ella con un demonio en su habitación; en su mano tenía un anillo que se suponía le daba el poder sobre el hijo de Satanás, pero el diablo en lugar de hacerle caso le llamaba mal educada. Pues si así se comportaba mientras Susana tenía poder sobre él ¿qué haría cuando el anillo hubiese recuperado su color?

Tenía que confesar que no sabía cómo usar el anillo, y cómo obligar al demonio a hacer todo aquello que ella quisiese.

- Tú, mi esclavo, - pronunció las palabras con voz más trémula que solemne - por el poder de este anillo – continuó mientras levantaba la mano enseñándolo -, vínculo entre tú y yo, te ordeno que hagas que Marcos se enamore de mí.

Lucel permaneció sin moverse mientras ella pronunciaba sus palabras. Al finalizar, la expresión de su rostro cambió. Cuando apareció mostraba un semblante agradable, de chico pillastre incapaz de almacenar ningún sentimiento malvado, pero ahora sus rasgos se volvieron duros y su mirada cortante. Susana sintió cómo le traspasaba con ella, pero aguantó la embestida a pesar de que notaba cómo las piernas empezaban a temblarle. Lucel se acercó hasta donde ella estaba, le agarró la mano que tenía el anillo y levantándosela gruñó:

- Humana, te has equivocado si con esto piensas que vas a controlarme – dijo mientras apuntaba al anillo con un dedo -. Esto solo sirve para dominar a los demonios de linaje puro, no a los impuros como yo. Tú no tienes poder sobre mí.

Y diciendo esto comenzó a tirar del anillo para extraérselo del dedo. De forma instintiva Susana retiró la mano escondiéndola a su espalda para evitar que le robase la sortija. Recordaba haber leído en el libro que el demonio invocado intentaría cualquier cosa con tal de conseguirlo, para así quedar en libertad. Aunque intentaba aparentar tranquilidad todo su ser temblaba internamente.

Lucel al ver que escondía el anillo, se quedó quieto observándola. Bajo los ojos y permaneció en silencio durante unos instantes. Al alzarlos, Susana vio una mirada límpida, tranquila, la mirada de un ser puro de corazón. El diablo estiró los brazos y la agarró por la cintura. La joven temblaba de emoción. ¿Qué pretendía hacer con ella? Si no fuera por la bondad reflejada en sus ojos se temería lo peor. Si Lucel, como había mencionado, era un diablo impuro y si era

verdad que la sortija no tenía ningún poder sobre él, ella no tendría ninguna posibilidad de controlarlo, ni física ni psíquicamente.

<<Qué gracia – pensaba con pesar mientras notaba cómo las manos del diablo la iban presionando con más fuerza sobre las caderas -. La situación se ha invertido: yo que pretendía dominar a un hijo de los infiernos me veo dominada por él. Paso de ser ama a ser esclava.>>

Lucel, después de agarrarla con la suficiente fuerza, la alzó con una facilidad sorprendente, y desplazándola hacia la izquierda, la colocó con cuidado a su lado.

- Perdona – le dijo mientras llevaba a cabo la operación -. Pero estas en medio y me impides ir hasta la cama.

Dio dos pasos, se sentó sobre el colchón y dejándose caer sobre él, la miró mientras afloraba una sonrisa divertida en sus ojos y en sus labios. Como la almohada parecía molestarle la quitó, tirándosela a la cara de Susana que se había girado para observar los movimientos de su supuesto esclavo. La chica, no esperando ser atacada, no la esquivó dándole de lleno en pleno rostro.

- Pero... – comenzó a quejarse.

- Bueno, y ¿cómo te llamas? – le interrumpió Lucel mientras observaba con todo detalle a Susana -. Eres bastante guapa.

Susana no pudo por menos de ruborizarse ante tan repentina afirmación.

- Me llamo Susana – respondió, pensando que a fin de cuentas no era malo el que se presentaran.

- ¿Sabes que tienes mucho valor por haberme invocado? Quien juega con el mundo de las tinieblas acaba contaminándose.

Susana era incapaz de controlar los latidos de su corazón. Llevar a cabo el ritual, el error cometido, la aparición de Lucel le habían puesto muy nerviosa. Y a esto había que añadirle el que el diablo no dejaba de escudriñarla continuamente. La miraba de arriba abajo, sin dejar una parte de su cuerpo sin ser observada. La joven no estaba acostumbrada a ser el centro de las miradas y mucho menos de una mirada tan ardiente como la del chico tumbado en su cama. Sentía como si los martilleos continuos del corazón fuesen a destrozarle el pecho. Tenía que tranquilizarse.

- Y, ahora que estamos en confianza... – continuó el diablo impregnando su tono de voz con un tono cada vez más cínico - ¿qué se supone que tenía que hacer? ¿Qué buscas con la invocación: dinero, poder, salud, amor? ¿Amor? Te has puesto colorada. Así que ¿la frase de antes iba en serio? ¿A quién decías que tenía que enamorar?

- A Marcos – consiguió decir Susana a pesar de la opresión que sentía en el pecho.

- ¿Marcos? ¿Y por qué no lo conquistas con tus propios medios? Las chicas lo sabéis hacer muy bien. Que si una miradita por aquí, que si me coloco a la puerta esperando hasta que pase y de tanto verme me acabe saludando, que si intento averiguar a través de una amiga el tipo de chicas que le gustan, y cosas así. ¿O estoy muy anticuado? Confieso que no vengo mucho al mundo de los humanos y no estoy a la última. ¿Para qué necesitas a un demonio con mis poderes para enamorar a alguien? Necesitabas al cupido de los infiernos: a Lucibel de quien se dice que en una ocasión llegó a enamorar a un ángel – y bajando el tono de voz como si temiera ser escuchado continuó -. Y entre tú y yo, la historia es cierta. Un día de estos si quieres te la cuento. Pero, bueno, - prosiguió levantando de nuevo la voz – volvamos a mi pregunta: ¿por qué me has invocado a mí, que carezco de poderes para enamorar, y no a Lucibel, capaz de hacer vibrar el corazón de cualquiera con un simple chasquido de sus dedos?

Susana no podía decirle que había sido un error. Qué simplemente se equivocó. No sería capaz de soportar la sonrisa burlona de su diablo.

- Ja,ja,ja – rió Lucel -. ¿No me digas que te equivocaste?

Susana no sabía qué decir. Quería replicarle, hacerle tragar sus palabras, pero lo que decía el diablo era la pura verdad. Guardó silencio aguantando como pudo el brillo divertido de los ojos de Lucel.

- Todavía no sabes las consecuencias que va a acarrear tu comportamiento – prosiguió el diablo -. No se puede jugar con los poderes sobrenaturales y pensar que se va a salir indemne del contacto – su voz se iba volviendo cada vez más grave. La solemnidad de sus palabras comenzaba a intimidar a Susana -. A través de mí, has abierto un camino directo al mismísimo infierno, y quien entra allí es incapaz de salir. Te has equivocado humana. No creas que puedes dar marcha atrás. Lo que has empezado, tendrás que finalizarlo.

El semblante del demonio había ido cambiando progresivamente mientras decía estas últimas palabras. Al finalizar una extraña luz brotó de su cuerpo inundando toda la habitación. Algún extraño poder debía tener puesto que cuando su brillo alcanzó su máxima intensidad, Susana se desmayó.

- Despierta, dormilona – decía la madre de Susana mientras la zarandeaba suavemente por un hombro -. Vamos, que aunque estés de vacaciones no vas a estar todo el día durmiendo.

- ¿Qué hora es? – preguntó Susana todavía medio dormida.

- Ya son las diez y media.

- Jo, déjame un poco más.

- Voy a salir a comprar. Cuando vuelva espero que estés levantada.

- Vale – gimió Susana.

Y cuando se cerró la puerta de su habitación Susana se giró y tapándose de nuevo continuó durmiendo.

Se veía en sus sueños charlando animadamente con un chico. Se encontraba muy a gusto con él, como nunca se había encontrado con nadie. A pesar de que no conseguía verle el rostro sabía que no era Marcos. Pero no le importaba, tan a gusto como se encontraba. Todo era muy agradable. Estaban en el campo. Un riachuelo corría detrás de ellos y la cadencia de su sonido armonizaba perfectamente con los latidos del corazón de la joven enamorada. Una ligera brisa apaciguaba los cálidos rayos del sol que penetraban tímidamente a través del follaje de los árboles y acariciaba a los dos enamorados. La conversación fluía tranquilamente. De repente, sin saber cómo ni por qué, callaron. Él se acercó a ella; ella no se retiró. Y sin darse cuenta sus labios se unieron en una tierna caricia. Sentía cómo le abrasaban el corazón y disfrutaba con la sensación. Así permanecieron durante unos instantes, mientras los sentimientos de Susana inundaban su pecho llenándolo de ternura, de calidez, de emoción, pero sobre todo de amor. Mientras se besaron los ojos de la joven permanecieron cerrados, disfrutando del momento, pero al separarse los abrió. Su mirada se cruzó con la de su amado. Ahora sí pudo ver el rostro de su enamorado. Era bastante guapo. Su cara le sonaba aunque no conseguía ubicarle. Y entonces despertó.

Durante varios minutos permaneció tumbada en la cama, con los ojos abiertos, disfrutando del agradable sentimiento que había dejado en su corazón su sueño. Se encontraba muy bien y le daba pereza levantarse. Al escuchar entrar a su madre por la puerta de la calle, decidió que a pesar de lo a gusto que estaba convendría levantarse. Estiró los brazos hacia arriba, mientras sonreía pensando que era una pena que los sueños no se convirtiesen en realidad. Al ver sus dos manos delante de ella le llamó la atención el anillo que tenía en su dedo corazón de la mano izquierda. De repente recordó con angustia todo lo que había sucedido la noche anterior. Pero lo que más la acongojó fue el recordar la cara de Lucel: era la del joven de su sueño, el que la había besado.

¿Cómo podía haber disfrutado con el beso de un diablo?

Susana, bañada en un sudor frío, se levantó corriendo de la cama, entró en el servicio, sacó el cepillo de dientes y comenzó a lavárselos intentando olvidar el sabor cálido de los labios que le habían besado. ¡Nunca imaginó que su primer beso se lo daría un demonio! Porque aunque fuera en sueños lo había sentido tan real...

- Da gusto comprobar – sonó una voz detrás de ella - que las chicas de hoy en día no han perdido las buenas costumbres y se lavan los dientes. Aunque en mi opinión, creo que estas frotando demasiado fuerte y vas a conseguir que te sangren las encías.

Susana levantó la mirada y al ver reflejado en el espejo la imagen de Lucel se sobresaltó dando un brinco.

- ¿Decías algo? – gritó su madre desde la cocina.

- No, nada, mamá – negó Susana mientras cerraba la puerta del servicio para evitar que vieran a su acompañante.

El servicio era bastante pequeño. En él apenas si cabía una persona. Se encontraba para su gusto demasiado cerca de su esclavo. Su respiración le acariciaba la mejilla y eso, unido al recuerdo del sueño, la ponía muy nerviosa.

- ¿Qué quieres? – gruñó Susana para disimular su estado de agitación.

- ¿Yo?. Servirte, mi querida señora. Tú eres mi ama y mi vida te pertenece... mientras el anillo no recupere su color.

Susana no pudo dejar de estremecerse al ver la malvada sonrisa aflorar en los labios del diablo. Le resultaba extraño el cambio de actitud experimentado por él. La noche anterior había llegado a la conclusión de que sería incapaz de dominarle, pero ahora no parecía el mismo. ¿Sería una treta por parte del demonio? En todo momento se repetía que tenía que tener cuidado con él, que los demonios impuros se caracterizaban por ser muy astutos, y que a fin de cuentas un diablo es un ser malvado que intentaría por todos los medios engañarla y llevarla por el mal camino.

- Entonces - susurró Susana evitando la mirada de su esclavo porque la estaba intimidando -, ¿me obedecerás?

- Sí... o no.

El color desapareció de las mejillas de la joven al oír semejante afirmación. Era claro que Lucel se estaba burlando de ella.

- ¡Pues déjame en paz! – le ordenó Susana enfadada -. Si no me vas a ayudar vuelve a tu mundo, pero déjame en paz. No te burles de mí – sollozó -. Sé que soy una cobarde, que tendría que haberme declarado a Marcos ayer, pero no tuve valor. Es mi carácter. No pude, quería, pero no pude hacerlo. Daría cualquier cosa por ser correspondida por él, lo daría todo, pero no puedo hacer nada. Por eso te invoqué, no para que te rieras de mí sino para que me ayudaras. No me importa nada lo que me ocurra a mí cuando quedes en libertad si con ello puedo sentirme correspondida durante unas semanas. Pero veo que me equivoqué al invocarte, que en lugar de ayudarme te vas a burlar continuamente de mí. Supongo que me lo merezco, por cobarde y por querer obligar a otra persona a quererme. Supongo...

Y calló al ver la expresión de Lucel. Pues emocionada, a través de las lágrimas que derramaban sus ojos, había alzado la vista para mirarle directamente a los ojos y lo que vio en ellos la dejó sorprendida. No había burla como esperaba, sus labios no sonreían y su semblante mostraba todos los signos de una profunda compresión. Comprendía perfectamente lo que sentía la joven y por eso no se reía. Pero quizás esta visión fuera únicamente producto de la imaginación de Susana que buscaba alguien en quien encontrar apoyo, puesto que los rasgos del diablo cambiaron inmediatamente al verse sorprendidos por la joven, volviendo a adquirir la expresión burlona de momentos antes.

- Amor, amor, amor – dijo divertido Lucel -. Sólo hablas de amor. ¡Qué pesada eres! Con la cantidad de cosas que puedes hacer y tú en lo único que piensas es en ese tal Marcos. ¡Qué lastima! ¡Qué desperdicio de juventud! Pero bueno, que le vamos a hacer. Como a fin de cuentas tenemos que pasar juntos varias semanas, y como creo que me voy a aburrir mucho contigo (me temo que vas a estar suspirando todo el día pensando en tu... buaj, amado) he estado buscando información de lo que podemos hacer. Porque paso de convertirme en un aburrido como tú. Yo necesito

marcha, necesito sentirme vivo, hacer cosas. Mi sangre de diablo arde en mis venas si estoy quieto. Así que, como te decía, he estado mirando qué cosas podemos hacer mientras estés de vacaciones, y he encontrado esto.

Y sacó de debajo de su capa un folleto de publicidad.

Susana seguía sin saber qué hacer. Aunque seguían estando demasiado cerca para su gusto, había conseguido separarse de su esclavo unos centímetros, respirando un poco más tranquilamente. Le sorprendía el efecto que tenía Lucel sobre sus nervios y sobre el latir de su corazón, pero optó por no pensar en ello. Cogió la hoja que el diablo le ofrecía y quedó sorprendida al ver que se trataba de un campamento de verano de quince días.

Por unos momentos sonrió para sí misma. Su madre llevaba tiempo intentando convencerla para que se fuera de acampada con los amigos, con los scouts, o con la parroquia, pero que se fuera y la dejase tranquila un par de semanas. Pero ella siempre había rechazado tal ofrecimiento. Dormir en tiendas de campaña, llenas de bichos; comer al aire libre; caminar por el campo... En opinión de Susana esto estaba mucho de pasar unas vacaciones. Ella prefería la playa, tumbarse bajo el sol todo el día sin hacer nada, ponerse morena... Eso sí que era disfrutar de verdad, pero ir al campo... ¿a qué? ¿a hacer la cabra? Quitá, quitá, eso no era para ella.

Y allí estaba Lucel haciéndole la misma proposición que su madre le había hecho semanas antes. ¿Sería otra forma de tomarle el pelo? Seguro que se había enterado que no le gustaban las acampadas y por eso se lo ofrecía.

- Pues lo siento – dijo Susana – pero me parece que prefiero quedarme en casita y no ir a ningún sitio. Lo siento por ti.

- Vaya, que lástima. ¿Seguro que no quieres ir? ¡Salimos mañana por la mañana! Imagínate, mañana por la noche podríamos estar tú y yo a solas paseando y charlando entre los árboles. ¿No sería fantástico?

<<¡Cómo en el sueño!>> - pensó Susana, y este pensamiento le dio más razones para no ir. Porque ¿y si el sueño era premonitorio? No, no podría serlo, nunca se dejaría besar por Lucel. Ella estaba enamorada de Marcos y sólo él podría tocarla. Era verdad que su diablo era bastante guapo, pero nunca se dejaría seducir por él. ¡Ni soñarlo!

- ¿Mañana sale el autobús? – preguntó Susana con un brillo malicioso en los ojos.

- Sí, a las siete de la mañana.

- Vaya, que pena. No creo que pueda apuntarme ya. No es posible inscribirse un día antes de que empiece un campamento – dijo con una sonrisa de triunfo aflorando en sus labios.

- ¡Bah, por eso no te preocupes! – comentó Lucel distraídamente -. Recuerda que soy un demonio y que tengo mis recursos. Tú pídele permiso a tus padres, que por lo que tengo entendido no te lo van a negar, rellena los papeles, que yo me encargo de entregarlos.

Y diciendo esto sacó como por arte de magia los formularios de inscripción.

- Aquí te los dejo – prosiguió Lucel dejando los papeles sobre el lavabo -. Yo me voy, tengo cosas que hacer. Si me necesitas basta con que pronuncies mi nombre y apareceré.

- ¡Ah, por cierto! – comentó el diablo mientras su cuerpo iba haciéndose invisible -. Quizás te interese saber que Marcos va a este campamento.

Susana estuvo muda durante un par de minutos viendo su imagen reflejada en el espejo. Aunque la noche anterior ya había visto a su demonio desaparecer delante de sus narices, le dejó bastante sorprendida volver a verlo en acción. Pero lo que no conseguía sacar de su cabeza eran las últimas palabras de Lucel. Si estas eran ciertas, Marcos iría de acampada. Un campamento sería el lugar ideal para intentar conquistarle. Y si Lucel le ayudaba...

En este momento sus pensamientos se dirigieron hacia su diablo particular. ¿Realmente estaba a sus órdenes o seguía burlándose de ella? Porque si era verdad lo que había dicho de Marcos, era claro que la quería ayudar. Pero ¿y si

fuera mentira? Que un demonio mienta no tiene nada de particular. A fin de cuentas la mentira pertenece a su propia naturaleza. Pero ¿por qué iba a hacerlo?

- ¡Susana! – gritó su madre -. Teléfono.

- Ya voy – respondió Susana mientras abría la puerta del servicio.

- ¿Sí? ¿Dígame? – preguntó cogiendo el auricular.

- ¿Sabes de lo que me he enterado? – dijo la voz de Rosa al otro lado -. ¿Te acuerdas que Ana y yo íbamos a ir a un campamento?

- Sí.

- ¿Y te acuerdas que aunque te insistimos en que vinieras con nosotras dijiste que no? ¿Que insistimos un montón, pero tú decías que ese tipo de vida no era para ti?

- Sí – respondió Susana, entendiendo por primera vez por qué le había sonado tanto el nombre del campamento que aparecía en el folleto que le había dado Lucel, y temiendo que su amiga le confirmase la noticia dada momentos antes por su diablo.

- Pues ¿adivina quien va también al campamento?

- Marcos.

- ¿Cómo lo sabes? – preguntó Rosa con desencanto al ver descubierta su sorpresa.

- Nada, que los rumores vuelan. Y ¿tú? ¿Cómo lo sabes? ¿Quién te lo ha dicho?

- Mi madre – respondió Rosa -. Parece ser que en la carnicería se encontró con la madre de Marcos, y como tenían que hacer cola pues estuvieron hablando un buen rato. Y ya sabes que su tema preferido somos nosotros: sus queridísimos hijos. Y, claro, tenían que hablar sobre qué íbamos a hacer durante el verano. Y así se enteraron de que nos enviaban al mismo campamento. Me acordé de ti nada más que me lo contó mi madre esta mañana. Por eso te llamo. Imagina la oportunidad de conquistar a Marcos que tendrías si vinieras. Quince días sin padres, en el campo, todo el día... y la noche juntos. Sería una oportunidad magnífica.

- Ya – afirmó con tristeza Susana -. Seguro que en tantos días no sería tan difícil que nos quedáramos los dos a solas.

- Además - continuó su amiga -, convendría que te vinieras porque seguro que Marta también va. Con las ganas que le tiene a Marcos, de seguro que no deja pasar una oportunidad tan buena.

- Sí, tienes razón.

- Lo único que a lo mejor ya no te dejan inscribirte.

- No sé – fingió Susana dudar, cuando en realidad sabía que Lucel la apuntaría sin ninguna dificultad -. Voy a hablar con mis padres para ver si me dejan ir. Luego te llamo y te digo.

- ¡Vale! – dijo alegremente Rosa porque de verdad le hacía ilusión que su amiga fuese con ellas al campamento -. Es una pena que Silvia no venga. Si no estaríamos las cuatro.

- Sí, es una lástima. Venga, te llamo más tarde.

- Vale, hasta luego.

- Hasta luego.

Susana, mientras hablaba con su amiga, se había decidido a aceptar la invitación de Lucel para ir al campamento. Si era verdad lo que decía sus padres no le plantearían ningún tipo de problemas y él podría entregar los papeles.

- Mamá – dijo con voz melosa al entrar en la cocina.

- ¿Qué? – respondió su madre.

- He estado pensando que voy a aburrirme mucho en casa todo el verano – guardó silencio durante unos instantes buscando el valor para hacer la petición -. Rosa me acaba de llamar y me ha dicho que se va de acampada. Ya ha estado otros años y según ella se lo pasa estupendamente. Además, también va a ir Ana.

Aquí paró y esperó que su madre hablase. Como no lo hacía y el silencio la molestaba, continuo con su petición:

- Tú querías que fuera de acampada, ¿no? – su madre hizo un gesto afirmativo con la cabeza mientras sonreía para dentro pensando que iba a disfrutar de quince días sin su hija, en completa libertad -. Pues... yo también querría ir de acampada. ¿Puedo?

- Sí, claro – afirmó la madre -. Dame los papeles que te los firmo. ¿De qué día a que día es el campamento?

- Dura quince días, y salimos mañana.

- ¿Mañana? – preguntó sorprendida su madre por la prontitud -. ¿Y te van a dejar inscribir?

- Creo que sí, o por lo menos eso es lo que me han dicho.

- Bueno, bueno, tráeme los papeles y los rellenamos.

Susana fue al servicio y cogió los formularios que le había dejado Lucel sobre el lavabo.

Cuando su madre se los hubo rellenado se fue corriendo a encerrarse en su habitación para invocar la presencia de su diablo.

- Lucel – llamó no muy convencida de que el demonio le fuese a hacer realmente caso -. Lucel, te necesito.

- ¿Ya te has decidido a ir al campamento? – preguntó una voz detrás de ella.

- ¡Ah! – chilló Susana asustada por la voz de su esclavo, no estaba acostumbrada a que la gente apareciese detrás suyo procedente de la nada.

- Tranquila, mujer – la sosegó el diablo -. Que soy yo. Que de momento no puedo hacerte ningún daño.

A Susana no le pasó inadvertido el *de momento*. Tembló al pensar qué le ocurriría cuando su anillo recobrase su color natural, pero optó por desechar tan tétricos pensamientos centrándose en el presente, dejando el futuro para más tarde.

- Toma – le ordenó con rudeza a Lucel para ocultar su miedo mientras le entregaba los formularios firmados por su madre -. Si quiero conquistar a Marcos tengo que ir al campamento. Aquí tienes los impresos rellenados. A ver si es verdad lo que decías y realmente puedes entregarlos.

- ¡Por Belcebú! ¿Acaso dudas de mi palabra?

- ¿Acaso un demonio tiene palabra? – replicó Susana irónicamente.

Lucel sonrió ante la pregunta de su temporal ama.

- Es verdad que los demonios no tenemos palabra, pero el color de tu sortija te garantiza que lo que te diga será cierto. Vete preparando la mochila. El autobús sale mañana a las siete. No faltes.

Y diciendo esto, tras coger los papeles que Susana le entregaba, desapareció.

A Susana le sorprendía la forma de desaparecer de Lucel. La primera vez que lo había hecho, lo había hecho a lo grande, despidiendo una luz capaz de adormecer a cualquiera. La segunda vez se fue haciendo lentamente transparente hasta diluirse en el aire. Pero está tercera vez... simplemente se limitó a desaparecer ante sus ojos. Sospechaba que lo que había intentado el diablo era impresionarla. Sino no se explicaba la evolución de su forma de desaparecer.

Después de comer Susana estuvo preparando la mochila, tan confiada estaba en el poder del anillo que no dudaba que Lucel habría entregado la solicitud. ¿Cómo lo habría hecho y por qué se la habrían admitido fuera de plazo? Eso no lo sabía, pero al ser un diablo seguro que tendría bastantes recursos.

- Llámame mañana a las seis y media – le pidió Susana a su madre mientras esta le daba un beso de buenas noches.

- No te preocupes – la tranquilizó su madre -. Que no vas a perder el autobús. ¿Te pusieron muchas pegadas por intentar inscribirte tan tarde? Es una suerte que todavía hubiese plazas.

- Sí, ha sido toda una suerte.

- ¿Cuándo has ido a entregar la inscripción? – preguntó con curiosidad su madre -. Toda la tarde has estado en casa, y por la mañana... creo que también, ¿no?

Susana, tan emocionada estaba por ir de acampada con Marcos, que ni siquiera había pensado en que su comportamiento podría resultar sospechoso a sus padres. No podía decirle que un amigo se los había entregado, pues nadie había ido en todo el día. Y mucho menos podía decirle que se los había dado a un diablo, su madre la tomaría por loca.

- Cuando saliste a comprar – explicó tímidamente después de una pausa bastante embarazosa -, aproveché para ir a entregar los papeles. Como no había cola, me atendieron inmediatamente y regresé antes de que volvieses.

La contestación pareció satisfacer la curiosidad de su madre que dándole un beso de buenas noches, salió de la habitación cerrando la puerta suavemente.

Su madre, como habían quedado, la despertó puntualmente a las seis y media. Vestirse, desayunar, lavarse los dientes, coger la mochila y echar a andar en dirección a la salida del autobús, le llevó cosa de un cuarto de hora. La salida no se encontraba muy lejos de su casa y no tenían necesidad de correr.

- Esto pesa mucho – se quejaba el padre mientras intentaba colocar mejor la mochila totalmente llena en sus hombros -. Tendríamos que haber venido en coche.

- ¡Cállate, anda! – replicaba la madre -. No seas vago. Va a llegar un momento en que vas a coger el coche para ir a mear. No me extraña que cada día tengas más barriga. Y a ver si te das más prisa que vamos a llegar tarde.

Susana no escuchaba la conversación. Las piernas le temblaban. El día anterior estaba convencida de que Lucel habría llevado a cabo con éxito la entrega de la inscripción, pero ahora, mientras caminaba en dirección del autobús, no lo tenía tan claro. Porque ¿y si se quería burlar de ella y no lo había entregado? O, todavía casi peor, ¿si había fanfarroneado con lo de que él tenía recursos pero resultaba que no los tenía? ¿Qué pasaba si al ir a entregar le habían dicho que estaba fuera de plazo? Pues que se habría ido con el rabo entre las piernas y no habría aparecido ante ella para informarle de que era un simple fanfarrón. Susana dudaba de los poderes reales de Lucel. Era un diablo impuro y como tal carecía de los poderes de un diablo puro. Además, un demonio como Lucel que ni siquiera era capaz de conseguir que Marcos se enamorase de ella, no parecía ser muy poderoso.

Estos y otros razonamientos por el estilo atormentaban a la joven durante el trayecto de su casa a la parada del autobús. Cuando por fin la divisaron allá a lo lejos, su corazón se aceleró más de lo normal. Se llevó la mano al pecho, respiró hondo, y en lugar de encomendarse a su diablo optó por rogar a Dios que la perdonase y que no le hiciese pasar la vergüenza delante de Marcos de no tener plaza en el campamento.

No eran ni mucho menos los primeros en llegar, sino todo lo contrario, parecían los últimos. Una multitud de gente joven, unos treinta en total, se amontonaba delante del autobús a la espera de subir y coger sitio. Entre los padres había de todo: unos les miraban con tristeza lamentando alejarse de sus hijos durante tanto tiempo; otros pensaban que la experiencia sería buena para los chicos; y otros se encontraban alegres al pensar que podrían disfrutar de unos días de tranquilidad.

- Me alegro mucho de que al final te decidieras a venir – le dijo Rosa cuando vio a Susana llegar a su altura -. Y eso que todo estaba lleno. Mira allí está Marcos y a su lado, como no, Marta.

- Sí – susurró Susana, mirando con envidia a su contrincante que en ese momento charlaba animadamente con su amado.

- Esperemos que cuando volvamos seas tú la que se siente a su lado. Ana todavía no ha llegado. Entre las tres prepararemos un plan de campaña para conquistarlo.

<<Entre los cuatro>> - pensó Susana recordando a Lucel.

- Ha sido una suerte que quedasen dos plazas libres en último momento – continuó su amiga hablando -. Aunque no debería de alegrarme. A fin de cuentas, si puedes venir es por culpa de ese... llamémoslo pequeño problema.

- ¿Qué problema? – preguntó curiosa Susana.

- ¿No te has enterado?

Susana negó con la cabeza.

- Pues resulta – le informó su amiga bajando el tono de voz para que no le oyera el resto de sus compañeros – que las dos plazas eran de dos hermanos y los pobres deben de haber comido algo en mal estado porque desde anteayer por la noche no salen del servicio. Tan fuerte les ha dado que fueron a urgencias de madrugada. El médico les dictaminó diarrea y les dijo que se le pasaría en unas horas. Pero nada. Los pobres chicos se pasan todo el día en el servicio. Sus padres, preocupados, les llevaron de nuevo al médico por la mañana y éste al ver que no se les pasaba los ha hospitalizado para ponerlos en observación. No saben lo que tienen. Creen que no es maligno, pero los pobres chicos no pueden salir del servicio. Y, claro, así no podían venir. Su madre llamó ayer por la tarde para decir que no vendrían. Supongo que después sería cuando entregarías tú la inscripción. Has tenido mucha suerte.

- Sí – confirmó Susana.

¿Ha si que así era como Lucel había conseguido inscribirse en el campamento? ¿Destrozándole el estómago a dos pobres chicos? Susana sospechaba que se había limitado a administrarles un fuerte laxante para que no pudieran salir del servicio. Con su capacidad para aparecer y desaparecer donde quisiese no le debía haber resultado nada difícil entrar en la casa de los chicos y mezclar el laxante con algún tipo de refresco que solo bebiesen ellos. Pero había algo que la descolocaba. Según Rosa, los dos hermanos habían empezado a sentir molestias anteayer, pero esa era la noche en que Susana invocó a Lucel. ¿Desde el primer momento Lucel tenía previsto ir al campamento? Si era así, quizás Susana le hubiese juzgado mal, y desde siempre su diablo hubiese estado buscando una forma de unirla con Marcos.

Casi se le saltan las lágrimas a los ojos cuando se tuvo que despedir de sus padres antes de subir al autobús. Ella siempre había sido muy hogareña, evitando viajar salvo en compañía de ellos. Era la primera vez que se separaban y no lo habría hecho si no hubiese sido por Marcos.

Susana se puso a la cola, junto con Rosa y Ana que acababa de llegar, para subir al autobús.

- Habréis traído el resguardo que os dieron al inscribiros, ¿no? – preguntó Rosa a sus amigas mientras sacaba el suyo de un bolsillo – Lo piden para subir al autobús. Es una mera formalidad, pues nadie con dos dedos de frente intentaría colarse en un autobús donde sólo somos treinta.

¿El resguardo? A Susana se le heló la sangre en las venas al comprobar, que efectivamente, el director del campamento estaba en la puerta del autobús recogiendo a los chicos que iban subiendo. Ella no tenía el resguardo, lo tenía Lucel. ¿Qué iba a hacer ahora? No podía invocarlo allí delante de todos, y tampoco podía salir de la cola. ¿Qué podría hacer? ¿Fingiría haberlo olvidado? O ¿diría que lo había perdido? Cuanto más se acercaba a la puerta del vehículo, más nerviosa se ponía.

- El resguardo de la inscripción, por favor – le pidió el director cuando le tocó el turno de subir.

- Yo... - titubeó Susana -. Es que...

- Aquí está - sonó la voz de Lucel detrás suyo mientras le alargaba al director los resguardos -. El tuyo y el mío. Lo olvidaste ayer por la tarde cuando nos inscribimos.

El director cogió los resguardos, haciéndose a un lado para dejarles subir.

Susana no entendía lo que estaba pasando. De hecho, últimamente parecía no entender casi nada de lo que ocurría a su alrededor. ¿Qué hacía Lucel allí, caminando por el pasillo del autobús delante suyo? Y ¿si alguien le reconociese como un diablo? Aunque eso seguramente no sería posible. Se había cambiado de ropa y vestía normalmente como cualquier chico de dieciséis años. Y su rostro no delataba que fuese mucho mayor. ¿Cuántos años realmente tendría? ¿Los diablos se conservan jóvenes eternamente o envejecen con el tiempo como los humanos?

- ¿Quién es? - le cuchicheó Rosa al oído mientras avanzaban por el autobús buscando un sitio libre - ¿De qué le conoces? Esta bien bueno.

<<Ya está como siempre - pensó Susana -. Chico guapo que ve, chico que le interesa. Tendré que tener cuidado con ella no vaya a descubrir que es un demonio.>>

- No sé - respondió Susana -. Apenas le conozco. Entregamos juntos la inscripción. Nada más. Sólo cruzamos dos palabras.

Mientras hablaban habían llegado al final del autobús. Los últimos asientos estaban ocupados y solo quedaban cuatro libres. En uno de ellos se sentó Lucel. Susana dudaba si sentarse con él o dejarle el sitio a su amiga Rosa. Al final consideró más prudente situarse al lado de su esclavo para posponer al máximo el interrogatorio de su amiga.

El viaje se hizo más largo de lo esperado. Les dio tiempo de hacer todo tipo de cosas: cantaron, durmieron, charlaron, vieron un par de películas... Llegaron a su destino a la hora de comer. Rosa y Ana, sentadas detrás de Susana y Lucel, intentaron entablar conversación varias veces con el demonio, pero la rápida intervención de su ama les impidió hacer demasiada amistad. Cuando Susana les cortaba, Rosa le echaba una mirada de indignación en la que se podía leer claramente: '¡Pero si tú ya tienes a Marcos, déjanos este para nosotras!'. Los datos que sacaron de su conversación fueron los siguientes: según el diablo se llamaba Luciano Sardel - cuando dijo este nombre a Susana le costó bastante no echarse a reír -, pero le gustaba más que le llamasen Lucel (contracción de LUCiano sardEL, según explicó el demonio). Tenía dieciséis años, no tenía novia - los ojos de Rosa chispearon cuando le dio tan buena noticia -, y sus aficiones eran las normales: le gustaba el fútbol, hacer deporte, el campo, pasear, salir con los amigos... Si Susana no hubiese tenido la certeza de que el chico que estaba a su lado era un diablo, se habría creído todo lo que les había contado. El tono de voz adoptado por el demonio correspondía al tono de voz de una persona respetuosa con todo y con todos. Sus gestos y sus maneras eran corteses y afables, y todo lo mezclaba perfectamente con sus gestos: cuando hablaba de algo sin importancia sonreía dulcemente, mientras que cuando hablaba de algo más serio su semblante se tornaba acorde a sus palabras. Cuando más tarde Susana le recriminase su cambio de actitud, él le respondería de la siguiente manera:

- ¿Cambio? ¿Te ha gustado? ¿Lo he hecho bien? Era la primera vez que lo hacía. El otro día, cuando te dejé, como me aburría se me ocurrió ver un rato la televisión. Echaban un programa de cotilleos (bueno, la verdad, es que en todas cadenas emitían programas muy parecidos, así que no tenía mucho donde escoger). Salía gente hablando. La gente opinaba sobre el cuerpo perfecto. Salieron dos culturistas, dos chicas impresionantes, y un chico y una chica rellenitos. Me llamó mucho la atención que tanto los dos culturistas como las chicas impresionantes hablaban exactamente igual. El mismo tono respetuoso de voz, la misma expresión, los mismos gestos, todo siempre muy comedido. Su opinión era

la misma: decían lo que los demás esperaban oír. Era como si los cuatro hubiesen ido a una academia de 'cómo ser educado' o de 'cómo hablar en público' y usasen el programa para practicar lo aprendido. Como me aburría, cambie de canal, y me quedé enganchado viendo un programa que tenía por protagonistas a niños de nueve y diez años. Era una especie de coloquio donde debatían sobre diversos temas del mundo. Fue muy curioso, porque su tono de voz era el mismo que el de los culturistas, y sus opiniones eran las opiniones que todo el mundo espera que se digan. Me resultaba difícil distinguir entre unos y otros, veía a la misma persona continuamente con distintas apariencias. No oía sus opiniones, sino las opiniones... ¿de quién? No lo sé, pero se me ocurrió que sería divertido hacer algo parecido. En el mundo del que yo procedo cada demonio tiene su propia opinión, y hay muy diferentes escuelas que conciben la vida desde diferentes puntos de vista. Cada diablo tiene personalidad, no como en el mundo de los humanos, que uno habla y los demás le siguen como ovejas. No me extraña que nos resulte tan fácil corromperlos, incapaces como sois de pensar por vosotros mismos.

Mientras hablaba el semblante de Lucel se había contraído mostrando una crueldad sin límites. Susana nunca le había visto semejante expresión y tembló al comprobar que efectivamente parecía ser capaz de cometer los actos más villanos. Optó por no replicar ante los comentarios, creyendo firmemente que su diablo se engañaba y que ella pensaba mucho todas las cosas y que no se dejaba llevar por los demás, salvo, claro está, cuando quisiese dejarse llevar.

El campamento resultó estar en un lugar idílico. Situado en un valle rodeado completamente de montañas, presentaba unas vistas fantásticas. A Susana, ebria por pasar la mayor parte del día en compañía con Marcos, aunque Marta nunca les dejase solos, se le pasaron los primeros diez días de campamento volando. Tan bien se encontraba que se había olvidado por completo de Lucel. Éste se mostraba completamente indisciplinado, habiéndose convertido en una tortura para los monitores. Rosa, y casi todas las chicas de la acampada le miraban con buenos ojos, e incluso Marta le había hecho alguna insinuación, pero él evitaba el contacto con los humanos prefiriendo pasar el tiempo sólo, siempre que pudiera. Participaba como todos los demás en las actividades del campamento, mostrando una continua indiferencia por todo lo que le rodeaba. De vez en cuando se entretenía picando a sus compañeros entre sí para ver si conseguía armar bronca entre ellos y de hecho lo habría conseguido en más de una ocasión sino fuese por la intervención de Susana que con una mirada severa le ordenaba que los dejase en paz. Susana había llegado a la conclusión de que había invocado a un diablo inútil completamente, que de diablo lo único que tenía era el nombre. Y por eso había decidido intentar aproximarse a Marcos por sus propios medios. Si bien, quizás, no consiguiera declararse por lo menos se iría del campamento con una buena amistad. El camino hacia el corazón de su joven amado parecía irse allanando por momentos.

- ¡Qué bonito es tu anillo! - exclamó Marta mirando a la sortija de Susana mientras cenaban la noche del décimo día -. Lo llevo observando desde que llegamos y ha ido cambiando de color paulatinamente. Al principio era rojo y ahora esta verdeazulado.

Susana se puso pálida al comprobar que las palabras de su compañera eran ciertas. Tan entretenida había estado los últimos días que se había olvidado del color de la sortija. No esperaba que la transformación del color fuese tan rápida. En el libro donde encontró el ritual de invocación mencionaban que el poder sobre el diablo sería de unas cuantas semanas. Pero apenas si habían transcurrido dos semanas y el anillo ya había pasado de rojo a azul. Porque el color que presentaba era más azul que verde. ¿Cuándo había estado morado y cuándo verde? Ni se había fijado.

La joven alzó los ojos asustada buscando con la mirada a Lucel, sentado enfrente de ella dos puestos más a la derecha, y le encontró sonriente, con ojos burlones. Parecía que no estuviese escuchando su conversación, como si con él no fuese la cosa, y charlaba animadamente con Rosa y con Ana, sentadas ambas a la derecha de Susana.

El miedo a que el anillo recobrase su color, dejando libre a Lucel, y el miedo al posible castigo por haberlo mantenido en esclavitud - si es que se podía llamar esclavitud a que no le hiciese apenas caso - acongojó a la joven de nuevo.

- ¿Te encuentras bien? - le preguntó Marcos escrutando la palidez del rostro de Susana todo blanco.

- Sí - respondió - ¿Por? - intentó disimular Susana.

- Estas muy blanca - intervino Marta.

- Es que soy muy blanca. Continúa lo que estabas contando, por favor. Te estaba escuchando.

- Pues que esta tarde - explicó Marta -, como nos tocaba a Marcos y a mí - aquí Susana no pudo evitar hacer un gesto de disgusto - ser hoy los pinches de cocina, salimos a buscar leña para el fuego. El cocinero nos dijo que el mejor sitio donde encontrarla es pasando el río. Así que hacia allí nos fuimos. Después de cruzarlo, cuando ya habíamos recogido bastantes ramas, oímos un fuerte gruñido. Confieso que me asusté y de no haber estado Marcos allí conmigo me habría ido corriendo, pero él insistió en ver qué era lo que generaba semejante sonido. Según nos acercamos el sonido se iba haciendo más y más terrorífico. Al final resultaron ser los quejidos de un jabalí. Algún cazador debió dispararle, pero el pobre bicho parecía haber conseguido huir malherido. El animal está agonizante. Lo peor del caso es que sus crías se encuentran con él. Intentamos acercarnos para llevárnoslas (total, si se quedan con el padre se van a morir de hambre) pero el jabalí se revolvió contra nosotros. Palabra, que yo no me acerco de nuevo. Teníais que haber visto sus ojos: se consumían de rabia y de dolor. Cuando regresamos se lo contamos al director del campamento. Según él por aquí no tendría que haber jabalíes. El que vimos debe de proceder de una zona de reserva natural que hay aquí al lado. Pero ahí está prohibido cazarlos. Lo que no se explica es cómo ha huido con las crías. No es nada habitual.

Un murmullo se difundió entre todos los que habían oído la historia. A ninguno de ellos le hacía ilusión encontrarse con un jabalí, aunque estuviese malherido, y a partir de ese momento evitarían el otro lado del río. Marta estaba encantada de ser el centro de atención. Se estiró en su silla y disfrutó al escuchar los variopintos comentarios de sus compañeros.

Susana no decía nada. Callaba, observando a Lucel. Aunque estaba sonriendo, su semblante denotaba cierta tristeza. ¿Le habría afectado la historia? ¿A ver si resultaba ser un amante de los animales? O quizás era tan cobarde que solo de imaginarse estar en semejante situación se acobardaba tanto que le entraban ganas de echarse a llorar. Pero había algo que no encajaba. Susana le miraba, veía que estaba triste, pero no sabía identificar por qué. Su rostro estaba perfectamente alegre, surcado por una amplia sonrisa. Sus ojos brillaban. ¿Quizás de melancolía? No podía determinarlo.

- ¿Qué habrías hecho tú? - le preguntó Rosa a Lucel para entablar conversación con él.

- ¿Yo? ¡Matarlo y comérmelo!

Semejante respuesta se adaptaba perfectamente al carácter brutal de un demonio. Ahora entendía Susana la expresión de su diablo: si estaba triste era porque había perdido la oportunidad de comerse al jabalí y no porque hubiese sentido pena del pobre animal. ¡Qué estúpida había sido al pensar que un demonio pudiese tener sentimientos!

Solían cenar sobre las ocho de la tarde para poder darse un baño antes de acostarse. La piscina se encontraba a kilómetro y medio del campamento y a todos les resultaba agradable chapotear en el agua mientras el sol se ponía en el horizonte. El único que no parecía disfrutar con ello era Lucel. Los primeros días los monitores habían intentado que se

bañase con todos los demás, pero él se había limitado a encogerse de hombros mientras decía que el agua era para los peces. En opinión de Susana, su demonio era simplemente un guarro, opinión confirmada por sus compañeros de tienda. Según ellos, Lucel no se cambiaba para dormir. Vestido con una camisa de manga corta rojo pasión - según él había escogido ese color por ser el color de las llamas del infierno - y unos pantalones vaqueros, nadie había visto que se quitase la camisa. Los pantalones, de vez en cuando, se los quitaba quedándose en bañador, pero la camisa... Entre sus compañeros de tienda se llegó a hacer una apuesta por ver si alguno era capaz de quitársela. Esperaron a que se durmiera y comenzaron a tirar de ella hacia arriba. Pero se despertó colérico y a punto estuvo de pelearse con todos. Pero, según Susana, era demasiado cobarde para discutir con los que él llamaba en tono despreciativo *simples humanos*.

<<Serán simples humanos - pensaba Susana al oírsele decir - pero tú no te atreves con ellos.>>. Pero optaba por no decirle nada para no enfadarlo todavía más.

A las diez de la noche los monitores consideraron que ya había pasado suficiente tiempo desde que cenaran para poderse bañar, y juntándolos a todos echaron a andar en dirección de la piscina. Después de la cena habían estado hablando todos de buscar al día siguiente al jabalí para llevarlo al veterinario. Los monitores se mostraron dispuestos a ello, siempre y cuando se tomaran las precauciones debidas.

- Un jabalí herido - habían sentenciado - es muy peligroso. No podemos acercarnos a él así como así. Nosotros lo único que haremos será localizarlo, dando parte a las autoridades competentes del pueblo. Serán ellas las que se encarguen de cazarlo, no nosotros.

Nadie había replicado nada ante semejante parrafada, dando por zanjado el tema. Pero Susana temía que aunque Lucel no hubiese dicho nada tuviese otros planes para el jabalí. Seguramente estaba dispuesto a comérselo, aunque solo fuese por llevar la contraria a todo el campamento. La joven, aunque podría haberle ordenado que no le hiciese nada malo al animal, no confiaba nada en la palabra del diablo. Por eso optó por no decirle nada y esperar acontecimientos.

El comportamiento de Lucel parecía estar de acuerdo con los razonamientos de Susana. Como ella esperaba, después de que echarán a andar en dirección a la piscina, Lucel se separó, sin que nadie salvo ella se diese cuenta, del sendero por el que caminaban, dirigiéndose en dirección al río, donde Marcos y Marta habían encontrado el jabalí. Susana hizo otro tanto de lo mismo. Susana, cuando llegaron al campamento, le había prohibido a su demonio el que desapareciese para evitar que nadie descubriese su verdadera naturaleza. Él, de mala gana, lo había prometido. Y, hasta el momento, parecía que lo había cumplido. Eso le facilitaba bastante la persecución a Susana. Si Lucel se hubiese esfumado en la nada le habría resultado imposible perseguirlo.

Después de cruzar el río, sin dudar un instante por donde ir, Lucel encaminó sus pasos en una dirección muy concreta. Al cabo de unos minutos, Susana empezó a oír los gemidos del animal. Y al cabo de un rato se encontraba escondida detrás de un árbol, dispuesta a salir en cualquier momento en ayuda de la pobre bestia. Pero prefería esperar y ver el comportamiento del diablo.

Lucel, avanzó lentamente hasta el jabalí, que no se inmutó por su presencia como había hecho con Marcos. Se arrodilló a su lado y le acarició la cabeza mientras le sonreía. Susana lamentaba el comportamiento de su diablo. Ver cómo se regodeaba con el pobre animal, ver cómo disfrutaba ante su próximo sacrificio le revolvía el estómago. Estuvo a punto de salir y ordenarle que se alejase de allí, pero algo le impidió llevarlo a cabo.

Lucel se levantó, y dando dos pasos atrás se quitó la camisa. A Susana poco le faltó para soltar un grito cuando vio las dos cicatrices que caían verticalmente por la espalda del diablo. Nacían por debajo de los hombros y se extendían hasta la mitad de la espalda. Eran perfectamente simétricas y estaban muy rojas, demasiado para tratarse de una herida cicatrizada. Era como si se las hubiese hecho hacía poco. Por primera vez Susana entendió los motivos de que el diablo

no se quitase la camisa delante de nadie. Si le hubiesen visto semejantes heridas, los monitores le habrían pedido explicaciones, que seguramente no quisiese dar.

Sin poder dejar de mirar las heridas, la joven contempló absorta el comportamiento de su diablo. Lucel estiró los brazos horizontalmente a ambos lados del cuerpo, formando una especie de cruz, con las palmas hacia arriba, y dejó caer relajadamente la cabeza hacia atrás. Permaneció así durante unos instantes, mientras una suave brisa comenzaba a mover todas las hojas, arremolinándose en torno suyo. Lentamente cerró los brazos en torno a su cuerpo, en una especie de abrazo, mientras recogía su barbilla hacia su pecho, doblaba ligeramente sus rodillas y encorbaba su espalda. Una especie de aureola blanca de un centímetro de ancho le envolvió, tembló de la cabeza a los pies, y estirándose, dejando caer sus brazos a ambos lados del cuerpo con las palmas dirigidas al frente, surgieron de las cicatrices situadas en su espalda dos inmensas alas grises. Al tenerlas desplegadas Lucel daba la impresión de tener un tamaño cuatro veces el habitual. Susana no daba crédito a lo que veían sus ojos, pues pensaba que las alas era un símbolo de los ángeles, y no de los diablos.

Envolviendo con sus alas al jabalí, Lucel llevó a cabo el siguiente conjuro apenas audible desde la posición en donde se encontraba su ama:

- ¡Oh, vida! Toma de la eternidad de mi existencia una ínfima cantidad suficiente para sanar al ser que tengo entre mis manos. Dame tu bendición y concédeme la capacidad de sanarlo. Por la sangre que corre en mis venas, yo te lo pido.

Al finalizar la declamación el demonio brilló durante unos instantes. Susana sintió cómo los cálidos rayos procedentes del diablo la calmaban e inundaban de paz y de amor. ¿Cómo era posible que un demonio fuese capaz de hacer ese tipo de cosas? ¿Sería todo un engaño?

Cuando la luz desapareció, Lucel se dejó caer exhausto de rodillas al lado del jabalí, totalmente recuperado. Las crías que habían presenciado la escena sin moverse, se acercaron a su padre buscando su protección. Éste, se levantó, lamió la mano del demonio como si quisiese darle las gracias y se fue corriendo en dirección a la reserva natural.

Aunque el diablo parecía extenuado, incapaz de moverse, Susana optó por darse la vuelta y regresar al campamento sin decirle que le había visto. El tiempo había pasado más deprisa de lo que ella pensaba y sus compañeros ya habrían regresado de la piscina. Mientras caminaba su mente no paraba de darle vueltas al comportamiento de su esclavo. En lugar de ir a matar al animal, como había temido, había ido a socorrerle. Pero ¿por qué? Ese comportamiento no correspondía a un diablo. ¿No se suponía que los demonios eran malos por naturaleza? Entonces, ¿a qué se debía tan extraña actitud? Y, luego, ella que le había considerado un demonio con poderes patéticos, ¡qué confundida estaba! No debía ser tan débil si era capaz de curar a un animal. Y seguramente poseyera muchos más poderes. Y luego estaban las alas, símbolo de un ángel usurpándolas un diablo. Alas de un color tan extraño como su propia existencia. Porque si hubieran sido blancas como las de los ángeles... o si fuesen negras como el color del mal... pero, no, eran grises, un color intermedio entre el bien y el mal. ¿Qué era lo que representaban? Era claro que Lucel era un diablo, sino nunca habría aparecido como resultado de su invocación, pero entonces ¿por qué tenía alas? La cabeza le empezaba a dar vueltas a Susana de tanto razonar. Mientras se metía en su saco de dormir, ignorando las quejas de Rosa y Ana diciendo que era muy temprano para acostarse, Susana era incapaz de dejar de ver las fabulosas alas desplegadas de Lucel mientras realizaba la cura del jabalí.

Después del desayuno, los monitores hicieron varios grupos para poder encontrar más rápidamente al jabalí herido. A Susana le tocó junto a Marcos, Marta, Rosa, Ana y Lucel.

- ¡Ops! - dijo Lucel cuando ya salían en busca del jabalí -. Se me olvidaba algo. Ahora vuelvo. Ir caminando.
- Y, ahora, ¿qué se le habrá olvidado a este? - preguntó de mala gana Marta.
- No sé - respondió Marcos -. Vamos a esperarle.
- ¡Qué se nos van a adelantar...! - gruñó Marta que le hacía ilusión ser los primeros en encontrar al jabalí herido.
- ¿Te pasa algo? - interrogó Rosa a Susana con cara de preocupación.
- No, ¿por?
- Llevas toda la mañana sin abrir la boca.
- Estoy un poco cansada - mintió Susana para que la dejaran en paz. Si no hablaba no era porque se encontrase mal, sino porque era incapaz de sacar de su mente los acontecimientos de la noche anterior.
- ¿Cansada? - gritaron a la vez Rosa y Ana -. Pero si te acostaste muy pronto.
- Me habrá picado el mosquito del sueño - respondió con ironía Susana.
- ¡Ya estoy aquí! - gritó Lucel acercándose por el camino -. No he tardado mucho, ¿no?
- ¿Y qué era eso tan importante sin lo que no podías salir? - le preguntó sarcásticamente Marta.
- Esto - respondió Lucel mostrando una sonrisa de satisfacción y sacando de su mochila un cuchillo de montaña.
- ¿Y para qué quieres eso? - le interrogó, no disimulando su asco ante semejante objeto, Marta.
- Para cazar al jabalí. Tiene que estar de rico... Es como un cerdo, ¿no? Nunca he probado uno.
- ¡Iiiiihhhhh! - chillaron todas las chicas al unísono.
- ¡Ni se te ocurra! - le ordenó Marta - Pobre animal...
- Je, je, je - se rió Lucel -. Ya veremos quién lo ve primero.

Y charlando de esta forma atravesaron el río en busca del animal.

Susana miraba atónita a su demonio. Él, más que nadie, sabía perfectamente que no iban a encontrar al animal herido. ¿Por qué entonces les asustaba con sus intenciones de comérselo? ¿Qué era lo que pretendía? ¿Ver la cara aterrorizada de Marta y los demás? ¿Disfrutaba con ese tipo de cosas? O ¿pretendía disimular su buena acción? Susana, confusa, no sabía qué pensar.

Aunque estuvieron buscando al jabalí incansablemente durante toda la mañana no pudieron encontrarlo. La desilusión mezclada con la tristeza se podía ver reflejada en el rostro de Marta. Cuando fue hora de comer, los monitores tocando un silbato les reunieron a todos, dando por finalizada la búsqueda. En su opinión el jabalí habría huido, buscando refugio.

Al día siguiente estaba prevista una excursión de supervivencia. Este tipo de excursiones, según le informó Rosa a Susana, eran ideales para intimar con otras personas, y sobre todo si se quería ligar con alguien - aquí Rosa no pudo por menos de echar una mirada furtiva a Marcos -. Para llevarlas a cabo se dividía el campamento en grupos de cuatro personas, y no llevando más que una cantimplora, una brújula, un plano y una navaja multiusos por persona, se tenía que ir desde el campamento hasta una posición indicada por los monitores. No podían llevar comida, ni saco de dormir ni nada parecido. La excursión duraba de dos a tres días, dependiendo del ritmo que llevasen a la hora de andar, teniendo que buscarse la vida para encontrar refugio en donde dormir por las noches. Este era el colofón del campamento.

Después de comer los monitores estuvieron explicándoles las técnicas más básicas de supervivencia, aprendiendo a manejar la brújula y leer el plano. Por último, haciendo pelotas de papel con los nombres de todos los participantes, formaron los grupos al azar.

- Marcos - dijo el monitor mientras sacaba una pelota -. Te toca con...

Susana rogaba a Dios que le tocara con ella. Lucel no perdía detalle.

- Rosa - prosiguió el monitor sacando otra pelota -, y también con...

Susana estaba a punto de ponerse de rodillas para implorar que fuese con ella.

- Luciano, y también con...

Susana echó una mirada de envidia a Lucel y este le respondió sacándole la lengua como si fuese un niño pequeño.

- Susana. Formareis el grupo número cuatro.

Susana no daba crédito a sus oídos. ¡Le había tocado con Marcos! ¡Le había tocado con Marcos! Pasaría dos noches con él a solas (bueno, con Rosa y con Lucel, pero para ella estos dos ya ni existían).

- Si te encomendaras al diablo en lugar de a Dios... - alguien susurró esas palabras en los oídos de Susana. Se giró pero no vio a nadie. Busco con la mirada a su demonio y éste charlaba animadamente con Rosa. Cuando Susana dejó de mirarle, se volvió hacia ella sonriendo enigmáticamente.

- ¡No estoy de acuerdo! - se quejó Marta al verse excluida del grupo -. Yo tengo que ir con Marcos.

El monitor, sorprendido por la interrupción, miró atónito a Marta. Sus berrinches no eran algo nuevo y agradecía que tan solo quedasen tres días para el final del campamento. Si hubiese tenido que soportar durante más tiempo sus caprichos se habría vuelto loco.

- Lo siento, Marta - murmuró - pero los grupos se forman aleatoriamente porque lo que se pretende es trabajar en grupo.

- Pues no estoy de acuerdo - insistió Marta, sin intenciones de dar su brazo a torcer.

- El siguiente grupo... - continuó el monitor olvidando los continuos lloriqueos de la joven y pensando reconfortado en la aspirina que se tomaría nada más que acabase el sorteo.

- ¡Qué suerte que nos haya tocado juntas! - dijo Rosa a Susana dirigiéndose hacia ella con Lucel. Y bajando el tono de voz para que no le pudiese escuchar su acompañante prosiguió guiñándole un ojo a su amiga: - Pero lo que si es suerte es que te haya tocado con Marcos.

- Sí, es mucha casualidad. Parece que el cielo comienza a apiadarse de mí.

- El cielo no se apiada de los que no se ayudan - interrumpió Lucel.

Rosa se volvió bruscamente. Temía que Lucel hubiese escuchado su conversación, pero éste parecía estar atento a otras cosas.

- Vamos a reunirnos con Marcos - propuso el demonio -, para dejarlo todo preparado para mañana.

- Vale - respondieron ambas al unísono.

Poco era lo que tenían que preparar. Para Susana la reunión propuesta por su esclavo no era sino una excusa para acercarse a su amado. Realmente se encontraba muy contenta pensando que pasaría los siguientes días continuamente al lado de Marcos, sin la presencia de Marta. Era la oportunidad que durante tanto tiempo había estado esperando. Por unos instantes a Susana le llamó la atención cómo iban desarrollándose las cosas. Los primeros días habían servido para romper el hielo. Lentamente había ido acercándose a Marcos y si bien no eran íntimos por lo menos eran amigos. Ya no se ruborizaba como al principio cuando le dirigía la palabra y podía perfectamente mantener una conversación animada con él. Y ahora, en el momento justo, cuando ya eran de verdad amigos se le presentaba la excursión como la oportunidad de intimar con él. Si esto le hubiese sucedido al principio habría sido incapaz de dirigirle la palabra. Pero ahora... la cosa era bien distinta. Además, Marta no estaría, dejándole el camino libre hacia el amor.

Por unos instantes a Susana se le ocurrió una extraña idea: ¿sería Lucel quien lo habría tramado todo?

<<No, no puede ser él>> - se respondió a si misma mirándole directamente a los ojos.

Lucel no podía ser. ¿Cómo habría sido capaz de manipular el sorteo para la elección de los grupos de la excursión? Susana tuvo que rechazar semejante idea por imposible. Aunque después de lo que había hecho con el jabalí, no las tenía todas consigo. Pero no podía haber sido él, continuamente en la inopia.

A las ocho de la mañana del día siguiente los monitores ya se encontraban asignando a cada grupo la ruta a seguir. Se habían levantado a las siete de la mañana y todos ya habían desayunado, se habían aseado y arreglado la tienda de campaña. El grupo de Susana partió, encabezado por Marcos y ella, seguidos muy de cerca por Rosa y Lucel. Éste último no paraba de quejarse:

- Con lo bien que estaría yo durmiendo... Pero ¿para qué queremos darnos semejante caminata? ¡Y sin comida! ¿Es que quieren matarnos de hambre?

- No te preocupes - intentaba tranquilizarle Rosa -. Lo pasaremos bien. Ya lo verás.

Y diciendo esto se acercaba más de lo recomendado al diablo. Lucel no se apartaba y, aunque seguía quejándose le hacía gracia la situación. A Susana le preocupaba la inclinación que mostraba su amiga por el demonio y temía que éste intentara seducirla. Por la noche no les perdería de vista.

La mañana fluyó tranquilamente, sin ningún tipo de contratiempo. Mientras caminaban discutían distintas formas de proveerse la comida.

- Lo mejor sería - opinaba Marcos - buscar algo de trabajo. Podíamos ayudar a preparar los pinchos en un bar, o descargar, o incluso ayudar a llevar la compra a alguna señora mayor a cambio de algo de comer.

- ¡Quita, quita! - rechistaba Lucel -. ¡Con la cantidad de huertos que hay por aquí! ¡Podemos entrar en uno y coger todo lo que podamos! ¿Qué es lo que se siembra en esta tierra? ¿Melones? ¿Tomates?

Susana, aunque no quería reírse, no pudo por menos de sonreír ante la ignorancia mostrada por su esclavo.

- Cebada - le respondió con una carcajada -. ¿Te la vas a comer?

- No, gracias. No me gusta.

- Yo estoy de acuerdo con Marcos - continuó Susana -. Lo mejor será intentar ayudar a alguien a cambio de comida en el próximo pueblo que encontremos.

- Pues yo no tengo ninguna intención de trabajar - refunfuño Lucel.

- ¡Allá tú! Si no quieres comer es tu problema.

- ¿Habéis leído el evangelio? - preguntó de repente Lucel ante la sorpresa de todos -. ¿No decía Jesucristo que hay que tener confianza en Dios porque te proveerá de lo que necesites?

Susana no entendía a donde quería llegar a parar su diablo. Prestó atención.

- Pues es lo que voy a hacer - prosiguió el demonio -. Dejaré que Dios me sustente. ¡Iré al cura del pueblo y le pediré ayuda!

- ¡Qué buena idea! - dijo Rosa.

- ¡Qué morro! - susurró Susana tan bajo que ninguno pudo oírla.

A Susana le resultaban estúpidas las palabras del diablo: ¿un demonio hablando de ir a la casa del Señor para que le socorriesen? Pero ¿es que no tenía ni un mínimo de orgullo? ¡Y ella que pensaba que los hijos del infierno no podían entrar en tierra santa! ¡Qué equivocada parecía estar!

Como Susana no tenía ninguna intención de andar pidiendo limosna, el grupo se dividió en dos al entrar en el siguiente pueblo que encontraron: por una parte, Lucel y Rosa; por otra, Susana y Marcos. Esta escisión no la veían con malos ojos ninguna de las dos jóvenes. Susana veía la oportunidad de estar un rato a solas con su amado, mientras que

Rosa veía por partida doble las ventajas de la separación: por una parte dejaban a su amiga a solas con Marcos, dándole la oportunidad de ligar con él; por otra, ella se quedaba a solas con Lucel, al que cada vez ponía más ojos de ternera degollada. Quedaron en encontrarse a las tres a la salida del pueblo.

Susana disfrutó mucho esa mediodía. Días más tarde recordaría con placer aquellas horas: recordaba las piedras de las angostas calles del pueblo por las que caminaban buscando un bar; los nervios que pasó al encontrarlo y al entrar a pedir algo de comer a cambio de ayuda; la hora en la que Marcos y ella estuvieron pelando patatas, cebollas, pimientos; recordaba y se reía del momento en que al abrir un bote con pimentón, que tenía la tapa demasiado apretada, hizo demasiada fuerza esparciendo todo su contenido por el aire quedando suspendido durante unos instantes. Marcos y ella estuvieron estornudando durante más de dos minutos. Luego bromeaban al recordar lo sucedido. Sin darse cuenta, lentamente, se iban convirtiendo en cómplices de las pequeñas cosas y la joven recordaba con cariño esos primeros momentos en que por primera vez se acercó de verdad a su amado. Nunca los olvidaría, como tampoco olvidaría su primera comida con él, sentados en el suelo, a las puertas del bar. Comieron un pincho de tortilla de patata, unos boquerones, unas aceitunas y poco más. No era mucho, pero no hubiese cambiado ese instante por nada en el mundo. Sentir a Marcos tan cerca le embriagaba el corazón. Sus latidos, cada vez más sonoros, cada vez más intensos, cantaban la dulce melodía del amor mientras se dejaba acariciar por la mirada de su compañero, por las caricias de sus palabras, por los susurros de su respiración. Sí, lo confesaba: ¡estaba enamorada!

- Nos tenemos que ir - le dijo Marcos mirando el reloj -. Aunque me da una pereza... Estoy tan a gusto charlando contigo. Pero Rosa y Lucel ya nos estarán esperando, y Lucel parece bastante impaciente.

- Jo - se quejó Susana. Se habría quedado una eternidad disfrutando de tan grata compañía.

- Venga, que te ayudo a levantar.

Marcos, de pie delante de su amiga, le ofreció su mano para que se incorporase. Susana la agarró, poniéndose de pie. Un escalofrío recorrió la espalda de la joven al sentirse agarrada por su amado.

- Ya era hora, ¿no? - se quejó el diablo cuando les vio aparecer -. ¿Qué habéis estado haciendo para tardar tanto?

Rosa, al ver la cara ruborizada de su amiga, no dijo nada, pensando que las cosas entre ellos iban viento en popa.

- Nada, comer - respondió -. ¿Y vosotros? ¿Habéis comido?

- Sí - contestó Rosa -. ¡Y no veas cómo! Nada más dejaros nos dirigimos a la iglesia en busca del párroco. Le pedimos ayuda y no dudo en dárnosla. Pero no te pienses que nos sacó la comida del día. Ni mucho menos. Nos trató como si fuéramos qué mínimo que obispos. Hemos comido como cerdos. Estoy que reviento.

Entre la comida y el cansancio, la caminata se les hizo mucho más dura que por la mañana. Los rayos del sol, no teniendo ninguna nube que les impidiese pasar, les marcaba la piel con sus dentelladas. Tanto calor hacía que Lucel comenzó a cantar:

- Que llueva, que llueva, la virgen de la cueva, los pajaritos cantan...

- Pero ¿qué dices? - refunfuñó Susana -. Si no se ve ni una nube y según el hombre del tiempo durante toda la semana va a hacer bueno.

- Es que quiero que llueva. Esto es peor que el infierno - aquí dirigió una sonrisa enigmática a su ama -. Que llueva, que llueva - continuó cantando el diablo.

- ¡Cállate! - se quejó de nuevo Susana -. Entre el calor y lo mal que cantas, me estas poniendo de los nervios.

- Pues eso. ¿No dicen que si alguien que no sabe cantar lo hace, entonces llueve? Pues es lo que quiero que ocurra. ¡Venga, vamos a cantar todos! Que llueva, que llueva...

Sólo Rosa se unió al berrido de Lucel. Susana y Marcos optaron por adelantarse un poco para no oír semejante canto infernal. Tan a gusto se encontraban que no se dieron cuenta de que sus otros dos compañeros se iban quedando cada vez más rezagados. El tiempo lentamente fue empeorando. Una suave brisa se llevó el calor abrasivo de momentos antes, cubriendo el cielo despejado de grisáceas nubes. Era tan agradable caminar con semejante temperatura que ni Susana ni su acompañante se dieron cuenta del cambio experimentado por la naturaleza. Su mundo giraba exclusivamente en torno del otro y por nada del mundo habrían querido salir de él. Una gota fría de agua le despertó de su cápsula de amor. Miraron extrañados hacia un cielo gris. Se giraron buscando a sus compañeros. No estaban. A la primera gota le siguió otra y otra y otra, hasta convertirse en una lluvia torrencial. Parecían estar de suerte, pues a cosa de quinientos metros, un poco alejada del camino divisaron una casa. Corrieron hasta ella. La mujer que les abrió fue muy amable dándoles cobijo y de merendar.

- Espero que no os importe dormir en el salón - les dijo su anfitriona -. No tenemos habitaciones libres y es el único lugar en donde os podéis quedar. Os podía dar las de mis hijos, que ahora no están, pero es que vendrán de madrugada. Si os encontrarán durmiendo en sus habitaciones lo más seguro es que se extrañaran. Pero, aquí, en el salón, no entran por la noche. Podéis estar tranquilos, que nadie vendrá a molestaros.

- No se preocupe, aquí estamos bien - le respondieron dándole las gracias por todas las molestias.

- Es increíble lo raro que está el tiempo - prosiguió la mujer hablando -. Con el buen día que hacía y ahora...

Sí, todo era muy raro, en opinión de Susana. ¿Tan mal cantaba Lucel? Y ¿qué habría sido de Rosa? ¿Estaría con el diablo? Miedo le daba pensarlo.

Sin embargo, Susana no podía permanecer durante mucho tiempo preocupada por su amiga, estando como estaba al lado de Marcos. Esa noche se acostaron tarde, y si por ella hubiese sido habría permanecido en vela hablando con su amado.

Por la mañana, se levantaron temprano. La mujer les invitó a desayunar, ellos aceptaron con mucho gusto, y dándole las gracias prosiguieron su marcha.

El mapa y la brújula se los habían quedado ellos. Mirando el plano descubrieron que si atajaban a través de un pequeño bosque tardarían bastante menos. Así lo hicieron.

- ¿Dónde estarán Lucel y Rosa? - preguntaba Susana toda preocupada por su amiga mientras penetraban en la arboleda - ¿Deberíamos ir en su busca?

- No sé... - respondió distraído Marcos.

¿Qué le ocurría? Llevaba toda la mañana tan raro... La noche anterior había estado tan animado, y durante toda la tarde había sido tan encantador... pero esa mañana... ¿Qué le sucedía? ¿Acaso se encontraba mal? ¿Le dolería algo?

Mientras razonaba de esta forma, Susana notó algo extraño. Sentía como si eso ya lo hubiese vivido: las caricias de la brisa, la suave cadencia del fluir del agua en el riachuelo, los rayos de sol penetrando a través del follaje de los árboles... Marcos había callado. Ella se giró, mirándole tímidamente a los ojos. Esa secuencia de su vida ya la había vivido antes, pero algo fallaba, no sabía qué, pero algo fallaba. El joven se acercó, el rubor le cubría el rostro, las manos le temblaban, y sin decir nada, la besó.

Susana no sabiendo qué hacer se dejó llevar. Quería ese beso, lo anhelaba, su primer beso, la primera caricia de su amado. Su primer beso... y entonces recordó por qué sentía que algo fallaba. Todo eso ya lo había vivido la noche que soñara con Lucel. Se trataba del mismo bosque, de la misma brisa, de los mismos rayos. El chico se comportaba de la misma forma, pero en lugar del diablo se trataba de Marcos. Por eso sentía que algo fallaba. Y, sin embargo, lo que

estaba sucediendo era lo que había anhelado durante tanto tiempo, por lo que había suspirado, por lo que había llorado, sollozado, gemido, e incluso por lo que había invocado a un diablo.

¿Cuánto duró la caricia de sus labios? La eternidad mientras sucede, un instante en el recuerdo. Al sentir cómo se alejaban Susana estuvo a punto de sollozar de nostalgia. Apenas si se habían alejado unos centímetros y ya los echaba de menos. Le miró a los ojos y vio su amor reflejado en ellos.

- Me gustas desde hace años - observó Marcos después de permanecer unos instantes en silencio.

<<¿Qué? - pensó Susana - ¿Qué le gustaba desde hace años? Y ¿por qué no se había acercado a ella antes?>>

- Pero como siempre que intentaba hablar contigo - prosiguió el muchacho - me rehuías, o eras borde, e incluso ni siquiera me saludabas al pasar, pues no me atrevía a decirte nada.

<<¿Qué le rehuía? ¡Por timidez! ¿Borde? Jo, pero si es que se me atragantaban las palabras en la garganta. ¿Qué no te saludaba? ¡Pensaba que tú no me querías saludar!>>

Por contestación Susana le dio un abrazo mostrando de esa forma sus sentimientos por él.

Llegaron al campamento por la noche. La mitad de los grupos llevaban varias horas descansando, mientras que de la otra mitad todavía no se tenía señales de vida. Al entrar vieron a Rosa charlando animadamente con Lucel.

- ¿Dónde os habíais metido? - les interrogó Rosa nada más que les vio -. Nosotros llevamos más de cuatro horas aquí.

- Caminando tranquilamente - respondió Susana.

- Y, ¿qué tal con Marcos? - le preguntó su amiga bajando el tono de voz.

Susana se ruborizó, y levemente asintió con la cabeza mientras una sonrisa le surcaba el rostro de mejilla a mejilla.

- ¿No me digas, tía, que...? - empezó Rosa, callando al ver el gesto afirmativo de su amiga -. ¡liiihhhhh! ¡Ahora volvemos! - gritó en voz alta para que todos pudieran oírla. Y tirando del brazo de su amiga, se fueron a la tienda a cotillear dejando a Marcos y a Lucel comentando la caminata.

- Veo que al final has conseguido lo que querías - observó Lucel cuando se quedó a solas con Susana después de cenar. Rosa había ido a cambiarse, y Marcos quería aclararle las cosas a Marta para que le dejase en paz.

- Sí - respondió alegre Susana.

- Mi parte está cumplida - dijo con voz alegre el diablo.

- ¿Tú parte? - rió Susana -. Tu no has hecho nada.

- De todas formas, el contrato está a punto de finalizar. Tu anillo se está poniendo amarillo, y el cambio a blanco no tarda más de un día. Pasado mañana seré libre.

Al pronunciar las últimas palabras su rostro se había ido poniendo demasiado serio, mientras una sonrisa torcida le cruzaba la cara. A pesar de considerarle una mediocridad de diablo, y a pesar de estar convencida de que todo lo sucedido no era sino por culpa del destino y que Lucel no había intervenido en nada, no pudo dejar de estremecerse temiendo la posible venganza del demonio al adquirir de nuevo la libertad.

- ¿Qué hacéis tan callados? - les preguntó Rosa al reunirse con ellos de nuevo -. ¡Vaya cara que tienes! - le dijo a su amiga - ¡Ni que estuviéramos en un funeral!

- Hola - saludó Marcos tímidamente dudando si debía de darle un beso a su novia o no. Acercándose al oído de Susana le susurró - Ya está todo aclarado. Marta se lo ha tomado muy mal y se ha ido llorando. Pero era ella la que a

pesar de mis malas caras, y de decirle que me dejase en paz nunca se separaba. Lo siento por ella, pero tú eres quien me gusta, con quien quiero compartir mi vida.

La emoción al escuchar estas palabras de su amado, el saberse correspondida, a punto estuvo de romperle el corazón. Se tiró al cuello de Marcos, abrazándole, disfrutando así del calor del amor.

- Je - rió sarcásticamente el diablo -. El cielo es de aquellos que estando enamorados es correspondido su amor, mientras que el infierno de los que enamorados nunca su amor le será correspondido.

Susana al oír las palabras de su demonio, no pudo por menos de sentir un escalofrío. No había pasado ni siquiera ni un mes desde que la desesperación por amar y no ser amada la llevase a la locura de invocar a un hijo de Satanás. Estaba dispuesta a vender su alma al diablo con gusto si con ello conseguía el bálsamo para sanar a su corazón: el amor de Marcos. Recordaba el infierno en que había vivido los años anteriores: acercarse a él y no ser capaz ni de dirigirle la palabra; pasar a su lado todos los días con la esperanza de que se fijase en ella y por lo menos la saludara; muchas habían sido las veces en que habría vendido su destino por una mirada tierna en sus ojos, por una sonrisa llena de cariño dirigida hacia ella, por ser capaz de atrapar en un suspiro la esencia del alma de su amado, por ser capaz, aunque solo fuera durante unos instantes, de cautivarle. Y, ahora, allí estaba abrazándole. Cuando Marcos se le declaró, el infierno de su vida se trocó en cielo... pero un cielo que Lucel se encargaría de destruir en el mismo momento en que su sortija recobrase su color original. Ni siquiera le quedaban dos días para poder disfrutar de su amor. Pero ¿qué podría hacer Lucel en su contra cuando estuviese libre de su dominio? ¿Condenarla al infierno? ¿Pero no era en el infierno donde vivía días antes, cuando suspiraba por un amor no correspondido? No le daba miedo esa condena. Estaba contenta porque aunque sólo fuera por unos días sus pies habían hoyado el cielo del amor. Abrazó con más fuerza a Marcos, apretándole, intentando parar el tiempo aunque solo fuera durante unos instantes. Sí, quizás pasado mañana Lucel se vengaría de ella negándole el amor de su amado, pero ella tendría el recuerdo imperecedero de los instantes vívidos junto a él. Eso, nada ni nadie podría quitárselos, pues cada momento pasado junto a Marcos, cada segundo, cada milésima de segundo incluso, penetraba en su alma dejando una huella imborrable, dejando un recuerdo para toda la eternidad.

- ¿Sabéis que Lucel conoce un montón de historias de diablos? - preguntó Rosa, aburrida de ver a los dos tortolitos disfrutar de su amor -. Y, si mal no recuerdo - prosiguió mirando a Lucel - me habías prometido contarme una historia prohibida.

- ¿Yo? - respondió el diablo - No recuerdo...

- Venga, por fa...

- ¿Una historia prohibida? - preguntó Marcos.

- ¿Qué sabe muchas historias de diablos? - intervino Susana, y echándole una mirada divertida a Lucel, continuó: - Normal, ¿no veis que él mismo es un diablo?

- Sí - le respondió Rosa a Marcos -, una que tiene muy buena pinta, una que habla del cupido de los infiernos.

Susana dio un respingo al oír mencionar a Lucibel, el cupido de los infiernos. Éste era el demonio que ella quería invocar y no a Lucel. Tenía miedo de lo que pudiera contar su esclavo. ¿Acaso iba a hablar de las invocaciones? ¿Sería tan osado?

- ¿El cupido de los infiernos? - preguntó curioso Marcos.

- ¿El cupido de los infiernos? - repitió mecánicamente Lucel mientras su expresión adquiría más seriedad.

Rosa no dijo nada pues había observado que cuando Lucel comenzaba a hablar sobre diablos siempre adquiría esa expresión. Sabía que se estaba preparando para contarles alguna historia y ella se pirraba por los cuentos de su amigo.

Le fascinaban los detalles que daba del reino de Satanás. Había veces que describía las cosas tan bien que llegaba a dudar de si él mismo no habría vagado realmente por territorio tan inhóspito. Pero esa idea la rechazaba por absurda: ¡sólo los diablos y los condenados al infierno tienen acceso a semejante lugar! Y Lucel, claramente, era un humano.

- Cuenta la leyenda - prosiguió el demonio - que hace muchos, muchos siglos, nació de entre los diablos uno con la capacidad de cautivar el corazón de quien quisiera. Sus hechizos de amor funcionaban con humanos, con animales, y hasta con los demonios más poderosos. Tan grande llegó a ser su fama que se le requirió en todas partes. Pero este cupido, a diferencia del cupido de los cielos, cobra tributo por su trabajo, un tributo demasiado grande. Así, muchos fueron los humanos, que anhelando ser amados por alguien, le invocaron. El diablo cumplió su palabra y les permitió disfrutar semanas de dicha infinita junto a las personas que amaban.

A Susana le tembló todo el cuerpo. Marcos, al sentirlo, pensando que tenía frío la abrazó más fuertemente. Ella se acurrucó en sus brazos no queriendo seguir oyendo la historia de Lucel, pero siendo incapaz de perderse detalle alguno de ella.

- Pero, transcurrido el plazo al que habían llegado, - prosiguió Lucel - el cupido infernal cobraba siempre su tributo. En unas ocasiones, se llevaba al mismo infierno a los dos amantes, separándolos, pero permitiendo que cada uno viera las torturas a las que era sometido el otro. En otras, el amor que fraudulentamente le había concedido, se lo quitaba, muriendo muchas de las veces de tristeza, porque mientras no era correspondido no echaba de menos nada, pero después de haberse sentido en sus brazos, anhelaba sus caricias, sus besos, las palabras cariñosas que salían de sus labios. Amor... ¡Qué ridículo le resultaba tan estúpido sentimiento al cupido de los infiernos!

>> Con el transcurso de los siglos su soberbia fue creciendo, llegando un momento a vanagloriarse incluso de ser capaz de manipular los sentimientos de un ángel.

>> - No digas tonterías - le increpó un demonio en una ocasión -. Nadie duda de tu capacidad de enamorar a quien quieras y de quien tú quieras, pero un ángel... ¡Nosotros no podemos ni acercarnos a ellos!

>> - ¿Por quién me tomas? - respondió soberbio el cupido agarrando por el cuello a su compañero -. Si digo que soy capaz de enamorar a un ángel, es porque es verdad. Mis poderes son mucho mayores que los de la mayoría de los demonios. ¡No me subestimes!

>> - Palabras, nada más que palabras. Yo quiero hechos, no palabras.

>> - ¡Por Satanás, que si quieres hechos, los tendrás! Yo mismo te traeré el fruto del amor entre un ángel y un demonio. Prepárate a humillarte, como lo han hecho muchos antes que tú.

>> El desafío estaba echado. Uno de los mayores defectos de este diablo era el de la soberbia. Todo el infierno tendría que postrarse ante sus pies al llevar a cabo la hazaña, hasta entonces nunca realizada por nadie, de enamorar a un ángel. Pero además, no tenía intención de atrapar a un ángel cualquiera, sino que iría a por uno de los más virtuosos.

>> Con esto en mente, nuestro cupido subió al mundo de los humanos a esperar la aparición de su presa. No podía ir a los cielos, porque le detectarían y echarían inmediatamente. Era en la tierra, donde de vez en cuando los ángeles bajan, donde podría llevar a cabo su enamoramiento.

>> Esperó, y esperó, y esperó. Pasaron los días, los meses y los años y el demonio continuaba esperando. De vez en cuando descubría un ángel, pero consideraba que no era lo suficientemente virtuoso. El lugar que ocupan los ángeles dentro de su jerarquía celestial viene determinado por el tamaño de sus alas. Los que el cupido veía más frecuentemente tenían alas pequeñas, en una ocasión llegó a encontrar a un ángel cuyas alas llegaban al suelo, pero consideró que no era suficiente para lo que él quería. Con el paso del tiempo iba perdiendo la esperanza de conseguir llevar a buen puerto

la tarea que se había encomendado. Cualquier otro habría desesperado, pero su soberbia era tan grande que le animaba a continuar en su empresa.

>> Una tarde, como tantas otras, detectó a un ángel caminando entre los humanos por la calle. Lo más probable es que viniera de ayudar a alguien. El diablo se rió para sí: ¡otro buen samaritano! A Cupido le resultaba sencillo detectarlos entre la multitud, acostumbrado, como estaba a mirar en el corazón de las personas. Los ángeles eran puros de corazón, sin mancha que poder echarles en cara, tan immaculados que el demonio a veces sentía revolvérsele las tripas.

>> Por la costumbre, le siguió con desgana, convencido de que se trataría de otro ángel de nivel inferior. Se internaron en un bosque. Cupido se escondía entre los árboles, moviéndose sigilosamente. Cuando el ángel pensó que estaba a solas, se quitó la ropa. Unas alas inmensas protegían todo su cuerpo. Al desplegarlas, suspirando de placer por no tener que ocultarlas por más tiempo, el demonio estuvo a punto de delatar su presencia por un pequeño grito de admiración que apenas consiguió reprimir en el último momento. Eran las alas más grande que nunca había visto. Blancas como la pureza, brillaban cuando incidía sobre ellas los rayos de sol. Una aureola de un centímetro las envolvía, dotándolas de vida propia. El demonio a punto estuvo de enamorarse de ella - porque el ángel era femenino - y sino fuera porque la maldad habitaba las partes más recónditas de su ser, lo habría hecho: el cazador habría caído en las redes de la víctima. Pero nuestro cupido era la maldad personificada y no permitiría que un simple ángel le robase el corazón. Sin dudarle ni un instante comenzó su conjuro, finalizándolo en menos de un minuto. En lugar de llevar a cabo el hechizo que solía usar con los humanos, realizó uno bastante más poderoso. Al finalizar, el ángel que estiraba las alas y las masajeaba para devolverles su flexibilidad normal, pérdida por culpa de llevarlas varias horas apretadas debajo de la ropa, se quedó inmóvil. Doblándose sobre sí misma, llevó las manos al corazón y con cara compungida se quejó de dolor. El demonio salió de su escondite. Nada más verlo, la expresión del ángel se tornó alegre, y corriendo se abalanzó entre sus brazos. El hechizo había funcionado.

>> ¿Cuántos meses permanecieron ángel y diablo disfrutando del amor en la tierra? Nadie lo sabe. El caso es que transcurrido un tiempo, vino al mundo un bebe, fruto de sus amores. Las alas del niño indicaban que procedía de la casta de los ángeles; sus maléficos poderes, mostrados ya desde la cuna, evidenciaban su carácter de diablo. Era el primer ángel-diablo.

>> - ¿Qué te pasa, cariño? - le dijo una mañana al cupido del infierno el ángel.

>> Cupido no respondió. Se limitó a alzar los ojos hacia ella y mirarla con tristeza.

>> - ¿Qué te pasa? - repitió el ángel enamorado -. Puedes contar conmigo para lo que quieras, ya lo sabes.

>> - Sí, lo sé - respondió el diablo, pero guardó silencio todo el día.

>> Durante varias semanas se repitió la misma situación. El ángel se entristecía de ver a su amado, habitualmente con la barbilla alta, lleno de orgullo, cabizbajo y pensativo. Al no saber qué le ocurría no podía ayudarle.

>> - ¿Tú que crees que es el amor? - le preguntó cupido una tarde después de acostar a su bebé en la cuna.

>> - ¿El amor? - respondió el ángel -. Lo que nosotros sentimos el uno por el otro.

>> El ángel, durante todos esos meses (o años, o siglos) que pasaron juntos, siempre había estado convencida de ser correspondida. No se daba cuenta de que un hechizo era quien los había unido. No le extrañaba y consideraba totalmente natural haber caído rendida en sus brazos la primera vez que lo viera. No, nunca se había planteado la posibilidad de no ser amada, el hechizo al que estaba sometida se lo impedía.

>> - Ya - continuó el diablo -. Pero ¿tú crees que el amor se puede... robar?

>> - ¿Robar? - rió su compañera -. Imposible. El amor surge del corazón, expandiéndose hasta hacerlo rebosar. Hace estallar un montón de sentimientos y sensaciones desconocidas para el que nunca antes había amado. Yo, que he vivido en el cielo, puedo asegurarte que los enamorados se introducen en un paraíso del que, ojalá, nunca tengan que salir, pues lo lamentarán toda la vida. No, no es posible robar el amor, ni conseguir que otra persona te quiera o la quieras. Eso no sería amor. El amor es, ante todo, un sentimiento libre, no impuesto. Las cadenas de cualquier prisión se pueden romper, pero las que forja el amor entre dos seres que se quieren son indestructibles. El horno donde se forjan es el corazón alimentado por el fuego de la pasión de ambos enamorados. Y la leña del fuego son los sentimientos nacidos libremente. Si no fueran libres, las cadenas no se forjarían correctamente, y el menor soplo de viento que incidiese sobre ellas las rompería. No, el amor libre es capaz de forjar un vínculo indestructible entre dos seres. Cualquier otro tipo de amor estaría condenado al fracaso.

>> - Entonces... - susurró lleno de tristeza cupido -, si tú quisieses a alguien con locura, pero no te correspondiese, y pudieses hechizarlo para que te amase, ¿no lo harías? ¿no aprovecharías tu oportunidad?

>> - No, claro que no. Porque si como tú dices pudiese hechizarlo, ¿quién es quien correspondería a mi amor? ¿La persona que yo quiero u otra? Además, ¿querer no ha de significar como mínimo tener respeto por la persona a la que quieres? Pero ¿respetar no significa respetar sus gustos? Y si no le gusto, ¿por qué quiero imponerle gustarle? Si le quiero, no puedo hacerlo, no puedo hechizarle, ni intentar manipular sus sentimientos. Quizás algún día cambie lo que siento por mí, quizás nunca. Yo no puedo saberlo, pero si le quiero yo nunca le hechizaría.

>> Cupido, después de esta conversación, pasó más de una semana sin apenas decir palabra.

>> Al final, después de mucho pensar y darle vueltas al tema, decidió deshacer el hechizo que tenía sobre el ángel. ¿Por qué? Nunca a nadie se lo dijo. ¿Él, un diablo que se jactaba de no sentir nada, al final se había enamorado? O ¿simplemente estaba aburrido de la vida que llevaba y quería recuperar su antigua vida? No lo sé, el caso es que rompió el hechizo. El ángel, al despertar, no recordaba nada de sus sentimientos por cupido, ni por su hijo, al cual rechazó nada más sentir su aura demoniaca. Huyó de allí. Desconozco qué le pasó.

>> Cupido, tomando al niño entre sus brazos, bajo a los infiernos a enseñarles a todos su triunfo sobre el ángel. Según testigos presenciales, en sus ojos se veía un abismo rebosante de tristeza.

>> Al ver las alas grises del niño, que delataban su origen angelical, los diablos se espantaron: ¡un ángel entre ellos! No iban a permitirlo, no podían permitirlo. El consejo de diablos se reunió, dictándose sentencia: se le permitiría vivir en los infiernos siempre y cuando se le cortasen las alas, y bajo ningún concepto mostrase ningún tipo de buen sentimiento. La sentencia se ejecutó, pero las alas volvieron a brotar de las horribles cicatrices que le habían dejado en la espalda. El consejo decidió expulsarle.

>> Y este hijo del cielo y de los infiernos, desde entonces vaga en un limbo. Al ser un ángel no puede vivir en los infiernos; al ser un diablo no le dejan entrar en los cielos. Condenado a vagar eternamente sin rumbo, continuamente sólo, ha ido germinando con el transcurso de los siglos un odio feroz contra ángeles y demonios. Sólo en el mundo de los humanos, donde puede pasar desapercibido, puede encontrar la paz. Pero para vivir con ellos tiene que ser invitado. Necesita que alguien le invoqué, firmando un contrato con él. Para él, dicho contrato, es como su permiso de residencia en la tierra. Pero al ser su nombre desconocido, nadie puede llamarlo y según dicen, permanece y permanecerá, eternamente vagando sin rumbo, esperando ser invocado. Supongo que realmente, como dicen, la esperanza es lo último que se pierde.

- ¿A que cuenta unas historias muy curiosas? - observó Rosa para romper el silencio sepulcral que había seguido a las palabras de Lucel - Pues como esta tiene muchas más. Es como si se supiera todos los cotilleos del infierno.

<<Sí, como si se supiera su propia vida al dedillo - pensó Susana>>.

Si Lucel era como todo parecía indicar el diablo de la historia, ¿cómo se comportaría al finalizar el contrato? ¿Sería un ángel, un demonio o permitiría que el odio germinado en su interior durante tanto tiempo saliese a relucir? Susana se encontraba muy confusa. Prefería no pensar en lo que ocurriría los próximos días.

- ¡A ver! - gritó uno de los monitores - Venga, vamos a reunirnos para llevar a cabo la despedida.

Como suele ser habitual en todos los campamentos, la última noche se reunieron todos en torno al fuego para cantar, llevar a cabo todo tipo de representaciones y pasárselo bien. Susana reía mecánicamente las bromas de sus compañeros, apenas si los veía, pues sólo tenía ojos para Marcos. Agarrada continuamente a su brazo, incapaz de soltarle a pesar de las miradas asesinas de Marta, y los continuos cotilleos de los demás, no quería despegarse de su lado. Sabía que le quedaban pocas horas de estar juntos. No confiaba en su diablo, no sabía cuáles iban a ser sus intenciones.

- Mañana por la noche el anillo recuperará su color - le había dicho Lucel con una sonrisa cruel desfigurándole el rostro - Sólo te queda hasta mañana por la noche, aprovecha el tiempo.

Y eso era lo que hacía. Intentaba capturar cada décima de segundo; intentaba acercarse lo más posible a su amado temiendo perderlo al día siguiente. El infierno se abría ante sus pies, había jugado con los hijos de Satán y tenía que pagar. Pero en lo más profundo de su ser sentía tener que perder el amor de Marcos. Porque, ya había decidido qué hacer: primero intentaría convencer a Lucel para que los dejase en paz. Según la historia que había contado ¿no era mitad ángel? Aunque sospechaba que el odio alimentado en contra del cielo y del infierno habría menguado su capacidad de sentir, pero por lo menos lo intentaría. Sin embargo, si tenía que ser sincera consigo misma, debía de confesar que no creía que Lucel se apiadase de ella. A fin de cuentas, si ella no se había compadecido de tenerlo esclavo, ¿por qué él iba a hacerlo de ella? En el caso más probable de que no aceptase dejarlos en paz, le pediría que a ella le hiciese todo lo que él quisiera, pero que dejase en paz a Marcos. A fin de cuentas, su amado no había tenido la culpa de nada. Ella fue quien invocó a Lucel y ella quien le sojuzgó. Era ella quien debía de pagar, pero no Marcos. Que le quitase su amor, que la llevase a los infiernos, que la sometiera a todo tipo de torturas y crueldades, pero que por favor, dejase en paz a Marcos. Ese era el plan de acción de Susana para el día siguiente, y confiaba en que le saliera bien.

Al día siguiente se levantaron bastante más temprano de lo que ellos hubieran querido, para lo tarde que se habían acostado. Desayunaron, se asearon, hicieron las mochilas, recogieron las tiendas de campaña y se subieron al autobús emprendiendo el viaje de vuelta. Susana, sentada al lado de Marcos, repasaba mentalmente todos los acontecimientos vividos los últimos días desde que su amado se le declarase. El viaje, abrazada de Marcos, se le hizo demasiado corto. Rosa no entendía por qué no quería separarse de Marcos en la estación de autobuses, pero todavía comprendió menos su despedida de él:

- Adiós - lloró Susana, porque literalmente una lágrima afloraba en sus ojos mientras su mano se separaba de la de su amado.

- Pero, tía, ¿por qué lloras? - le riñó su amiga - Si le vas a ver mañana. Si os oí antes, en el autobús, cuando quedabais.

Ante estas palabras, ante el triste pensamiento de que ya no le vería más o si acaso le volviera a ver él ya no sentiría lo mismo, no pudo por menos que echarse a llorar. Sus padres, que la habían ido a recoger, le dijeron al verla tan triste:

- No te preocupes. Si tanto te ha gustado el campamento, el año que viene puedes volver.

- Y ¿Lucel? - preguntó Rosa a su amiga cuando esta se tranquilizó un poco - ¡Qué no tengo su número de teléfono y no sé donde vive!

- ¿Lucel? - respondió mecánicamente Susana, y no pudiendo reprimirse gritó - ¡Ojalá no le vuelva a ver!

El día se le hizo interminable. En más de una ocasión pensó que su reloj se había estropeado, y que las agujas se movían más lentamente de lo normal. Pero el tiempo, inexorable en su caminar, no perdona y la noche envolvió a la tierra en su manto fúnebre. La hora había llegado. Susana sentada sobre la cama, miraba absorta su anillo. Lentamente su color desaparecía, recobrando su apariencia habitual. Al final, se tornó blanco.

Una intensa bola de luz apareció en medio de la habitación. Tan brillante era que Susana tuvo que cerrar los ojos para no dañárselos. El pequeño sol fue creciendo lentamente, y en menos de un latido, estalló inundando el cuarto con todo tipo de colores. En su lugar, apareció Lucel, vestido de nuevo con su capa, con sonrisa cínica y ojos burlones. Al verlo la joven se echó a temblar. El momento había llegado.

- Ya es hora - habló Lucel con voz ronca -. Soy libre. Después de muchos siglos condenado a vagar en un limbo de soledad, ¡soy libre!

- Qué... - se atrevió a decir Susana - Qué... ¿qué vas a hacer ahora?

El diablo se rió.

- ¿Qué voy a hacer ahora? Conquistar el cielo y los infiernos.

- Pero... ¿conmigo? ¿con Marcos?

Lucel se sentó al lado de Susana, y juntando las manos en actitud meditativa, guardó silencio. La quietud destrozaba los nervios de la que fuera su ama. Intentaba tranquilizarse pero no podía. Ella le miraba; él la ignoraba.

- ¡Dime, ¿qué vas a hacer con nosotros?! - gritó histérica después de varios minutos de silencio y olvidando por completo su plan de apelar a la parte buena del diablo, prosiguió: -. Hazme lo que quieras a mí, pero por favor, a Marcos déjale en paz. Por favor, él no ha hecho nada, todo lo he hecho yo.

- Dime - replicó el diablo -, si tú quisieras que una persona pasase por un infierno ¿qué harías? ¿no le quitarías aquello que más desea?

Susana tembló al imaginar a dónde quería llegar.

- Pero, tú, - continuó el demonio - ¿qué es lo que más deseas? Sí, eso que me pides: que no le haga nada a Marcos.

Al oír las palabras de Lucel, Susana se derrumbó. Ella misma había condenado a su amado. Ella quien había traído un demonio a la tierra y quien le había enseñado el camino a la casa de Marcos. Ella, ella, ella era la culpable. Se odiaba por ello.

Las fuerzas abandonaron a Susana, y resbalándose de la cama fue a caer a los pies de Lucel. Con la cabeza gacha, ignorando el suelo que veía, sin sentir nada, escuchó las palabras del diablo:

- Al igual que mi padre, Lucibel, que conquistó el corazón de mi madre con sus malas artes, tú intentaste conseguir el amor de Marcos de forma fraudulenta. El pago que tanto él como yo tuvimos que pagar fue muy grande. Él se encuentra condenado a vagar en la completa soledad del infierno, echando de menos a su amada; yo, que no tenía culpa, nacido con los estigmas que me reconocen tanto como hijo del cielo como del infierno, no tengo casa, no tengo hogar. La soledad es mala, sobre todo si sabes que estás solo. Si mi sangre fuese únicamente demoniaca, ninguno de estos sentimientos inundarían mi corazón, pero mi yo angelical se siente sólo, demasiado sólo.

>> No podía permitir que tú cometieses el mismo error. ¿Querías que hechizara a Marcos para que te quisiese? Pero entonces, él no sería quien te quisiera, sino que habría sido mi poder quien le hubiera obligado, y fíjate bien en todo el alcance de esta palabra, que le hubiera obligado a comportarse de acuerdo a unos sentimientos no existentes en su corazón. Esa relación, tarde o temprano, habría fracasado. No podía permitir que cometieses el mismo error de mi padre.

>> En lugar de hechizarlo con mis poderes, tenían que ser tus propios poderes los que le hechizaran. La cosa resultó bien, ¿no? Poco a poco te fuiste acercando a él, haciendo amistad. Al cabo de unos días el terreno se mostraba propicio para un acercamiento mayor. Yo lo único que hice fue deshacerme de Marta y dejaros a solas. El resto lo hicisteis vosotros. Te fue bien, tu encanto le hechizó. Las cosas pudieran haber sido de otra forma bien distinta, pero parece ser que estabais destinados a acabar juntos.

>> Yo no puedo romper el hechizo que has echado sobre Marcos. Eso es cosa tuya. Yo me doy por bien pagado porque ya he conseguido lo que quería: escapar del limbo en el que vivía.

>> ¡Qué seas feliz!

Y diciendo esto se esfumó en el aire como ya hiciera en otra ocasión.

Susana, con la cabeza apoyada sobre la cama, arrodillada en el suelo, no comprendía muy bien lo que había sucedido. ¿Quería decir que la dejaba en paz? ¿Qué no iba a vengarse de ella?

Sin pensarlo dos veces, se levantó y sin importarle que fuese muy tarde, cogió el teléfono y marcó:

- Sí, ¿dígame? - preguntó la voz de Marcos al otro lado del auricular.

- Te quiero.

De camino al instituto, agarrada del brazo de Marcos, Susana recordaba con placer los hermosos días vividos por los dos enamorados durante el verano. Lucel había desaparecido. A pesar de ser un diablo se había comportado perfectamente con ella, tratándola bien en todo momento, salvo, quizás, cuando la asustaba con sus muecas y expresiones. Pero no podía reprocharle nada. Había sido su ángel de la guarda y si no hubiese sido por él, lo más seguro es que Marcos nunca se le hubiese declarado. Rosa estaba muy disgustada porque no le había pedido a Lucel su número de teléfono.

- Sentaos - les dijo el profesor al entrar en clase.

- Mira - murmuró Rosa -. El o la nueva todavía no ha venido. Se va a llevar una reprimenda...

- Sí - respondió Susana -. El primer día y llega tarde.

En ese momento se abrió la puerta. El profesor con muestras de enfado vio atónito cómo entraba y se sentaba el nuevo alumno en su sitio sin ni siquiera saludar. Estuvo a punto de reñirle, pero algo en la mirada del joven le aconsejó no hacerlo. Se oyó el grito de una chica, otra se desmayó.

- Ho... Hola - dijo Susana mientras reanimaba a su amiga Rosa - ¿Tú... eres el nuevo alumno?

- Sí - respondió Lucel sonriendo con malicia -. Voy a quedarme un tiempo por aquí.

<<Parece ser que mi vida no va a ser muy aburrida a partir de ahora - pensó Susana con una sonrisa, como si la idea de compartir clase con un diablo no le desagradase>>.

Autor: AMLP